BOLSILIBROS · BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CARTA DEL FUTURO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION



Pero yo, cuando tomé el sobre con el sello color plata, no podía ni imaginar lo que ello significaría en mi vida… y en la de otras personas.

Aparentemente, era una carta como todas las demás que acababa de entregarme mi secretaria. El sobre algo más alargado, quizá, y el color del papel de una tonalidad gris azulada. Más que de papel, parecía hecho de un material ligero, semejante a un plástico metalizado. Pero lo cierto es que se abrió con la misma facilidad al impulso de mi cortapapeles.

Curtis Garland

Cartas del futuro

Bolsilibros: Ciencia ficción Astri - 32

ePub r1.0

Titivillus 23-08-2020

Curtis Garland, 1988

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



CARTAS DEL FUTURO

Curtis Garland

Primera Parte
HOY

1

Recibí la carta del sello plateado aquella mañana, tan semejante a tantas otras mañanas del año. El día no tuvo nada especial, salvo la llegada de la correspondencia. Y aun esto, era habitual y rutinario para mí.

Lo único diferente fue «ésa» carta.

Pero yo, cuando tomé el sobre con el sello color plata, no podía ni imaginar lo que ello significaría en mi vida… y en la de otras personas.

Aparentemente, era una carta como todas las demás que acababa de entregarme mi secretaria. El sobre algo más alargado, quizá, y el color del papel de una tonalidad gris azulada. Más que de papel, parecía hecho de un material ligero, semejante a un plástico metalizado. Pero lo cierto es que se abrió con la misma facilidad al impulso de mi cortapapeles.

Por entonces, no me fijé bien en el sello plateado, ni tampoco en el matasellos en relieve que llevaba encima.

Fue más tarde cuando examiné todo eso de un modo exhaustivo, tratando de averiguar si todo era una broma, o realmente me estaba ocurriendo algo insólito.

Recuerdo que mi secretaria, la graciosa y esbelta Leilah, se había inclinado hacia mí, como hacía casi siempre, de un modo que pusiera bien a la vista la abertura amplia de su descote, para deslumbrarme con sus generosos senos, mientras sonreía, entregándome la bandeja repleta de cartas.

—El correo del día, señor Barnes —me dijo escuetamente.

Yo contemplé el panorama de su bello y espléndido torso sin comentar nada. Luego, recogí la bandeja y asentí con un suspiro.

—Está bien, Leilah —dije con indiferencia—. Gracias. Ahora lo atenderé.

Ella pareció defraudada. Siempre le ocurría igual. Se irguió algo

irritada y se alejó con su habitual contoneo de caderas, dejándome solo en el despacho. Yo me quedé pensativo, contemplando distraídamente los altos edificios del exterior, a través de las grandes vidrieras de la torre comercial en cuya última planta se hallaba mi despacho y la razón social de la empresa que presidía.

Mucha gente me envidiaba por haber llegado tan joven a tan alto puesto, pero lo cierto es que ni lo había heredado, ni tenía parentesco alguno con los propietarios de la entidad. Sólo a base de mi propio esfuerzo, paso a paso, luchando con energía y decisión, había escalado puesto tras puesto, escalón tras escalón, hasta alcanzar el nivel actual.

Un nivel que muchas personas envidiarían, sin duda, pero en el que tenía una serie de responsabilidades que nadie gustaría de afrontar a los veintisiete años. A veces, incluso yo mismo me asustaba de lo que dependía de mí en aquella importantísima empresa, dependiente de una gigantesca multinacional, y por ello con una serie de compromisos de gran nivel en el mundo empresarial y comercial del país.

Pero todo ello no era obstáculo, ni mucho menos, sino más bien un incentivo, para que yo siguiera luchando por un futuro siempre mejor. Yo era un hombre que basaba mi vida, mi lucha diaria, en ese futuro.

Quizá porque el destino había hecho que mi vida dependiera en gran parte de lo que aún estaba por venir, no me satisfacía el hoy, el momento presente, sino más bien el imaginar, el soñar con un mañana mejor y más próspero.

Sonreí al pensar en todo esto. Debían de ser influencias paternas. O algo de mi infancia, alojado quizá en el subconsciente, de un modo imposible de olvidar por completo, aunque mi vida hoy fuese tan diferente a lo que mi padre soñara para mí.

Después de todo, ¿quién puede imaginarse al hijo de un artista de variedades, aupado a un puesto como el mío en una gran empresa?

Y, sin embargo, así era.

Mi padre, famoso adivino, hipnotizador y vidente, una atracción de barraca de feria y de teatrillo de barrio. Yo… un alto ejecutivo de una multinacional. Así era la vida.

Y todo, porque quizá salvé la vida de un hombre en una ocasión.

Y ese hombre resultó ser el presidente de la razón social donde yo trabajaba ahora.

Eso me sacó de la vida teatral, de las tristes giras por provincias y de los sueños paternos de hacer de mí un adivino también, con facultades para leer el futuro. Cierto que mi padre primero se sintió escéptico de mis posibilidades para llegar a algo en el mundo de los negocios. Pero cuando murió, pese a que yo sólo estaba a mitad de camino, me dijo algo que nunca olvidarla:

—Yes hijo mío, he visto tu futuro. Hay en él algo terrible y amenazador que no acierto a explicar, algo ajeno a ti mismo y a tu propia vida. Pero aparte de esa sombra que no comprendo, tu porvenir será brillante y hermoso. Creo que Dios ha sido muy bueno con todos, al permitirme tener un hijo como tía, capaz de salir de la mediocridad y la miseria de esta vida, para ser algo más importante, mucho más…

Eso fue lo que me dijo. Yo tampoco entendí eso de la sombra amenazadora sobre mi futuro, pero lo olvidé pronto, para tomar el lado bueno de las cosas. Mi padre tenía, realmente, dotes de premonitor. Sabía «ver» el futuro. Yo tal vez heredé de él esa facultad, porque de niño, trabajando a su lado en los escenarios, tuve experiencias imborrables. Luego, en mi actual trabajo, sólo había tenido lo que calificaba de corazonadas, de intuiciones, pero nada más.

Sin embargo, no podía olvidar al poderoso Hermán EL Jakobs, presidente de la entidad donde yo ahora trabajaba, cuando asistía con unos amigos a una de nuestras representaciones, y yo «vi» lo que iba a sucederle en la calle, al abandonar el teatro.

En vez de avisarle desde el escenario, cosa que hubiese provocado sin duda las risas y el escepticismo de nuestros espectadores, resolví salir yo mismo a la calle y tratar de evitar lo que había presentido.

Lo cierto es que lo evité. El pesado vehículo que al perder los frenos invadió la acera, hubiese aplastado allí mismo a Jakobs, su esposa y su hijo, de no mediar mi intervención.

Recuerdo que grité a tiempo, que me arrojé sobre ellos, que los arrojé virtualmente a la calzada, donde no había peligro… y un instante después, rotos sus frenos, el vehículo de gran tonelaje penetraba en la acera, hería a algunos transeúntes e iba a estrellarse

en un escaparate, destrozándolo e incendiándose.

Todos estuvieron de acuerdo. Yo había salvado a los tres, pero cuando grité y actué, el vehículo ski frenos ni siquiera había doblado la esquina, de modo que comprendieron que yo era como mi padre, o más aún. Había adivinado el futuro, me había anticipado a los acontecimientos, salvando sus vidas milagrosamente. Tuve que admitir que ya durante la representación había tenido esa visión futurista, y ello no hizo sino confirmar lo que Hermán R. Jakobs ya imaginaba.

Eso cambió mi vida. Desde entonces, Jakobs fue mi valedor y protector, e hizo de mí un muchacho con estudios y preparación adecuada. Quiso ayudar también a mi padre, pero él era diferente. No podía vivir sin sus representaciones, sus agobios y sus dificultades. Traté siempre de ayudarle en lo económico, pero sabía que no le gustaba. Era un enamorado de su trabajo.

Ahora ya había olvidado casi totalmente esas facultades mías de la infancia para adivinar el porvenir o, si se prefiere, para presentir lo que estaba por suceder aún.

Sin embargo, esa mañana, apenas se fue Leilah y mis ojos pasaron de los altos edificios circundantes a la bandeja de correspondencia, tuve una extraña e indefinible sensación.

Fue como intuir el accidente del coche de aquel día. Fue como cuando mi padre me presagió aquella nube oscura y amenazadora en mi futuro.

De repente, supe que algo iba a cambiar en mi vida.

O que el desastre de que hablara mi padre, estaba cerca.

Fue una sensación rápida, vivida, fulgurante, pero pasó enseguida. Me serené. No volví a pensar en ello.

Luego, distraídamente, sin relacionar siquiera una cosa con otra, tomé las cartas y comencé a examinarlas por pura rutina, comenzando a abrir los sobres con el afilado cortapapeles.

De repente, vi la carta del sello plateado.

La contemplé, intrigado.

El tipo de la máquina de escribir con que se había trazado la dirección del destinatario, tenía algo de singular. Una nitidez y una limpieza notables, superior a la de cualquier máquina eléctrica. Los tipos eran de un diseño nuevo y original, que me sorprendió.

No tenía membrete. Sólo el sello color plata, que no reconocí en

absoluto, pero como tampoco soy gran aficionado a la filatelia, lo olvidé enseguida, para concentrarme en la tarea de abrir el sobre, sin pensar en más. Como ya he dicho antes, ni me preocupó el sello, ni tampoco el matasellos de la carta.

Sencillamente, la abrí.

Y mis ojos se dilataron. No supe si estaba ante una absurda broma, una campaña comercial ingeniosa… o algo incomprensible y extraño.

Leí, entre fascinado y perplejo, el texto increíble de aquella carta, con los mismos tipos de letra originales y nuevos, sobre un papel que, como el sobre, tenía la tersura y el color de un material plástico desconocido por completo:

> *«Señor Duncan Barnes:*
>
> *»Esta es una llamada de auxilio. Muy apremiante. Muy urgente. Dondequiera que se halle, acuda a mí a la primera ocasión, por favor.*
>
> *»Sólo usted puede ayudarme. Es cosa de vida o muerte. Le necesito.*
>
> *»¿Es usted capaz de venir a mi encuentro? Si su respuesta es afirmativa, hágamelo saber.*
>
> *»Y hágalo pronto: Mi vida depende de ello. Y tal vez otras muchas más.*
>
> *»No me abandone. Piense que este mensaje, cuando llegue a usted, lo habrá hecho salvando obstáculos que jamás carta alguna atravesó antes.*
>
> *»Le espero. Confío en usted. Ciegamente. No me defraude. No me deje a merced de mi horrible destino, Duncan. Soy una mujer desesperada.*
>
> *»Zyra».*

Eso era todo. Nada menos que eso, sería más correcto decir.

Zyra firmaba la carta. Naturalmente, yo no había conocido nunca a ninguna Zyra.

Por otro lado, de haberla conocido, lo hubiese recordado perfectamente. Zyra no era un nombre vulgar, ni mucho menos.

Perplejo, volví a leer la carta. Creo que lo hice tres o cuatro veces.

Era una desesperada demanda de auxilio. Y no lo disimulaba. Pero no tenía el menor sentido. La letra, correctamente trazada a máquina, como utilizando la más perfecta y nítida máquina electrónica de escribir. Sin un fallo, sin una irregularidad, Como escrita por una mecanógrafa perfecta.

La firma era manuscrita. Un trazo original, curioso, enérgico, en tinta de un raro color plateada. Brillaban los trazos. Era muy legible no cabía duda de que el nombre escrito era «Zyra». Pero la letra me resultaba original, de rasgos singulares, diferentes a toda te escritura manuscrita que yo conocía.

Eso era todo. Pero ¿de dónde venía esta carta? ¿Quién era Zyra, de qué me conocía y de qué diablos podía servirle mi ayuda? Nada de eso tenía sentido.

Examiné el sobre, por si cabía algún error, así como en el encabezamiento de la propia carta. Nada podía ser erróneo. Nombre, apellido, dirección, distrito postal. Absolutamente todo estaba correctamente escrito.

Busqué el encabezamiento, por si había algún otro fallo cuando menos, para conocer el origen de la carta.

Me quedé perplejo.

Era de la propia ciudad. De Nueva York, exactamente.

Luego vi «aquello». Primero, sentí un escalofrío. Luego comprendí que tenía que ser un error mecanográfico, el único en aquella carta.

El encabezamiento de la página mecanografiada era el siguiente:

«Nueva York, 15 de marzo de 2390».

Año: dos mil trescientos noventa.

Eso significaba una fecha situada a cuatro siglos de distancia del momento actual. Naturalmente, un error. Debían de haber escrito 1990, pero el error era, para un mecanógrafo tan perfecto, demasiado fraude.

Respiré hondo y sacudí la cabeza, dando vueltas a la extraña carta entre mis manos. Una frase de ella bailoteó ante mis ojos y se paseó por mi mente:

«… Este mensaje, cuando llegue a usted, lo habrá hecho salvando obstáculos que jamás una carta alguna atravesó antes».

Pensativo, volví a examinar el sobre, sin tener una razón concreta para ello. Esta vez, si contemplé, intrigado, el sello de

color plata. Sentía una extrañeza rayana en el estupor.

Se veía en la estampilla un panorama urbano futurista, virtualmente desconocido para mí. Sin embargo, al pie figuraban unas letras bien legibles:

NUEVA YORK. EXPOSICIÓN UNIVERSAL DEL AÑO 2300
CONVENCIÓN MUNDIAL DEL SELLO POSTAL

Era un absurdo. Observé atentamente el matasellos. Era un seco, y se marcaba su relieve en el sobre y en el sello. Tomé una lente de aumento de la mesa y lo examiné con atención.

No me costó mucho leer sus caracteres en relieve:

NEW YORK, N. Y. DISTRITO POSTAL 152. —20 HORAS,
DÍA 15-3-2390
ESTAFETA DOMICILIARIA AUTOMÁTICA 1040

Dejé el sobre en la mesa, junto con la lente. Ahora empezaba a entender algo. Me puse en pie, irritado.

—Un truco publicitario —gruñí, de mal humor—. Alguna película, alguna campaña comercial o algo así. Envían esas cartas, fingiendo que vienen del futuro. La gente se intriga, y luego aparecen anuncios en prensa y televisión. Es lo de siempre en estos casos.

Me disgusté conmigo mismo por haber hecho demasiado caso a una simple campaña de publicidad. Había que reconocer que era ingeniosa, pero resultaba ya molesta la imaginación de los publicistas para intrigar en algo a la gente.

Recordé que tenía un amigo, Mike Forrest, especialista en publicidad, y director de empresa que nos bacía a nosotros las campañas de propaganda. Le llamé, para saber si tenía noticia sobre esa publicidad epistolar.

Forrester me atendió con su amabilidad habitual, pero ignoró saber nada de la citada campaña, aunque prometió indagar para tenerme al corriente de ello. Creo que se imaginó que me interesaba comercialmente el truco y le dejé que lo pensara así.

Por el momento, el incidente quedó totalmente olvidado. Dejé la carta en un cajón de mi mesa y la olvidé por completo, sumergiéndome en las actividades de mi negocio. Y también en el recuerdo a Sue.

Sue Conway era una muchacha con la que había salido algunas veces. Pese a ser de excelente familia y bastante rica, tenía dos

obsesiones en el mundo: la fama y su propio cuerpo.

Su afición a ser famosa, la había llevado a presentarse al título de «*Miss* Busto 1990», en Londres. Los americanos hemos sido calificados siempre de tener el complejo mamario y gustamos los grandes bustos en las mujeres, pero la afición se había extendido también a Europa, especialmente a Inglaterra, y el certamen acostumbraba a premiar al torso de mujer más exuberante, hermoso y bien formado que se presentara, siempre que a ello se uniera un cuerpo armonioso y un rostro atractivo.

Sue tenía todo eso. Por ello no era extraño que recibiese recientemente el telegrama fechado en Londres:

> *«Ganadora concurso "Miss Busto 1990", permaneceré en Londres dos semanas rodando una película y varios filmes para televisión. Te espero en el próximo y largo fin de semana. Besos, Sue».*

Así era ella. Y yo tenía que complacerla, porque le había prometido volar a Londres aquel viernes —el lunes también era festivo—, para celebrar con ella su flamante título. Los periódicos satíricos llamaban a la ganadora de tal certamen por el nombre nada delicado de «*Miss* Tetas 1990», pero lo cierto es que a Sue Conway, pese a su posición social, su fortuna y su insultante belleza, que para nada necesitaba de premios ni títulos de «miss», esto la había vuelto radiante. Sus medidas anatómicas, que creo eran exactamente
43-28-38
, la habían hecho triunfadora en toda la línea. Se sentía orgullosa de sus cuarenta y tres pulgadas de bien erguido y macizo pecho, así como de sus hermosas caderas y su cuerpo alto y bien formado. Ahora, con su título, debía de estar exultante de alegría.

Llamé a la agencia de viajes, disponiendo el pasaje de ida y vuelta a Londres, en el *super-jumbo jet* inaugurado cinco años atrás, y una vez confirmada la reserva para aquel viernes y el siguiente lunes a última hora, traté de olvidar a Sue y pensar solamente en mis asuntos de negocios, que requerían toda mi atención.

Así lo hice hasta bien entrada la noche. Antes de abandonar la oficina, sonó mi teléfono. Atendí la llamada, sorprendido de que

alguien comunicase tan tarde conmigo por asuntos comerciales.

Pero no era nada de eso. Era Forrest quien llamaba.

—Duncan, tengo los datos que pedías —me informó—. Sabes que conozco bien a la Coordinadora Central de Agencias de Publicidad de la zona este del país. Han consultado sus archivos.

—¿Y bien? —sonreí, esperando el informe.

—No hay nada. Absolutamente nada de lo que dices.

—¿Seguro? —me puse rígido.

—Por completo, Duncan. Ni una sola campaña publicitaria basada en cartas como la que citas. Ni una película futurista, ni un truco de propaganda basado en tal idea. Nadie sabe nada de ello. Puedes estar bien seguro de que te digo la verdad.

—Lo sé, Mike, lo sé —mi voz sonó ronca—. Gracias, de todos modos.

—Tal vez sea solamente una broma. No puede ser otra cosa, Duncan.

—Naturalmente. Estaba seguro de ello. Gracias por todo, amigo.

Colgué. Lentamente, regresé a mi mesa de trabajo. Abrí el cajón. Extraje la carta. La examiné de nuevo, pensativo. Mecánicamente, la guardé en mi bolsillo y salí de la oficina, apagando todas las luces.

Al día siguiente, viernes, saldría para Inglaterra a media tarde, y aún quedaban muchas cosas por resolver. Pese a ello, y rompiendo mis hábitos, no fui esa noche a mi apartamento a cenar y descansar, como hacía cada noche en días laborables.

En vez de ello, con la extraña carta en mi bolsillo, me fui a un restaurante de Manhattan y de allí a un club nocturno, donde bebí hasta la madrugada. Conocí a una chica encantadora, y sin saber cómo, me encontré en su propio apartamento, demasiado bebido para volver a casa, pero no lo suficiente para dormirme junto a ella durante el resto de la noche.

Además, la muchacha no hubiera merecido tal feo. De modo que le presté toda la atención que su físico merecía.

Fue al otro día cuando, al ir al trabajo, gracias a los efectos rápidos de una ducha fría y de unas sales efervescentes, aunque todavía con la cabeza convertida en una especie de vorágine de ruidos y de dolor, supe lo que había sucedido en mi oficina.

Y también en mi propio apartamento.

2

—¿Le falta algo, señor Barnes?

Iba a contestar negativamente, tras ingerir otros dos comprimidos efervescentes, mientras trataba de evitar que mi cráneo retumbara como si estuviese totalmente hueco, y los martillazos en mis sienes dejaran de sonar, cuando preferí echar otra ojeada a la oficina, minuciosamente.

—No, nada —negué, volviéndome al oficial de policía allí presente—. Absolutamente nada.

—¿Está seguro?

—Sí, totalmente —asentí—. Todo está aquí. Incluso el talonario de cheques firmados en blanco. Y el dinero en efectivo. Absolutamente todo. No faltan tampoco documentos ni archivos.

—Sin embargo, alguien entró aquí anoche —silabeó el oficial de policía—. Y dejó abrasada la moqueta, ese mueble… e incluso la puerta de entrada.

Asentí, ceñudo, clavando la mirada en la ennegrecida, destrozada puerta del despacho, en las huellas circulares que un fuego había dejado sobre la flamante moqueta azul y, finalmente, en las quemaduras amplias que cubrían los muebles, en especial el archivador de correspondencia y la mesa de trabajo.

Aquello no tenía sentido. En la planta alta de la torre comercial jamás había entrado nadie a robar ni a causar daños. Además, había un estricto servicio de seguridad que cuidaba del recinto, y sus vigilantes nocturnos no hablan notado nada de particular la noche antes.

Sin embargo, alguien había entrado hasta allí, abriéndose paso con un lanzallamas o cosa parecida, a juzgar por las huellas de grandes quemaduras que se vislumbraban por doquier.

Y eso era todo.

El oficial de policía acababa de informarme de ello. Mi propio

apartamento lucía los mismos efectos. Habían acudido allí, llamados por un vecino que descubrió la puerta de mi apartamento totalmente ennegrecida y derrumbada. Dentro del alojamiento, moquetas y muebles mostraban huelas similares, con amplias quemaduras producidas, a juicio de los expertos policiales, por algún instrumento llameante, de considerable fuerza, capaz de arrasarlo todo. No se habían hallado rastros de gasolina, petróleo o cualquier otro combustible. Las quemaduras no despedían otro olor que el de la combustión propiamente dicha.

—Lo confieso, señor —me dijo el oficial de policía—. Para mí, todo esto es un completo misterio. Esperaba que usted pudiera aclararnos algo.

Le miré, perplejo, comprendiendo que su gesto era de desconfianza. No parecía tragarse que yo no tuviera la menor idea de lo que estaba ocurriendo allí. Y lo cierto es que así era. Estaba yo tan desconcertado como él, o más.

¿Qué había buscado el intruso o intrusos en mi oficina y en mi vivienda, para abrir la puerta y descerrajar muebles a base de fuego, marchándose luego sin robarme nada de valor, pese tener dinero e incluso talones bancarios firmados en blanco, que cualquiera hubiese podido rellenar y cobrar sin dificultades, antes de que diéramos el pertinente aviso a la entidad bancaria para anular cualquier pago de talones con mi firma?

Y, sobre todo, ¿quiénes eran ellos… y por qué habían obrado así?

—Por el momento, señor Barnes, será preferible que no vaya a su domicilio ni haga cosa alguna que le retenga en estas oficinas después de ausentarse todo el personal de las mismas —me avisó, sombrío, el oficial de policía—. Tiene que haber una razón para que sea usted víctima de estos hechos.

—Sí, pero ¿cuál? —gruñí.

—No lo sé. Podría ser rivalidad comercial, odio personal… Si usted no nos ayuda, difícil veo que, por ahora, me sea posible ver claro en todo esto.

—Es que no puedo ayudarle, créame. No entiendo nada de cuanto sucede —insistí—. No tiene sentido, la verdad. Jamás me ha ocurrido nada así. No creo tener rivales comerciales, salvo los normales en toda actividad, y esa clase de personas no se dedican a

tales expolios. Personalmente, creo que no tengo enemigos.

—Eso, señor Barnes, nunca se sabe —suspiró el policía, caminando hacia la salida—. Dígame dónde se aloja de momento, pero no se lo diga a nadie más, por motivos de estricta seguridad.

—Verá, casualmente hoy debo tomar un avión hacia Londres, a reunirme con… con una muchacha que me espera allí. No regresaré hasta el martes a primeras horas.

—Entiendo, —me estudió, pensativo—. No sé si será prudente que tome ese avión y se ausente ahora del país, señor James. Si sus enemigos lo saben, puede que intenten algo contra usted durante el vuelo… o una vez en Londres. Y allí, nosotros nada podríamos hacer en su favor.

—¿Tan mal cree que está la situación? —empecé a preocuparme.

—¿Usted qué cree? Nadie hace esto por divertirse, simplemente —tocó con sus dedos la sólida madera ennegrecida y destrozada de la que fuera mi puerta del despacho—. Veo algo siniestro y extraño en todo ello… que aún no he logrado entender, señor Barnes, pero que no me gusta nada. Tenga cuidado. Piense bien si le conviene ese viaje. Y Mámeme con lo que decida, pero no desde este teléfono, que podría estar intervenido, sino desde una cabina pública.

Salió, mientras yo asentía con la cabeza. Tenía que reanudar mis actividades. Las cosas de la noche anterior, y mi romance amoroso con la chica del club nocturno no me habían dejado en las condiciones ideales para ello, pero menos aún para tratar de pensar sobre lo que me sucedía. Lo cierto es que cada esfuerzo mental mío para analizar los hechos me hacía sentir mucho peor.

Hasta bien pasado el mediodía, no me encontré algo mejor y más sereno. Hice mi tarea ayudado por mi secretaria Leilah, que me contemplaba toda la mañana como a un bicho raro, aunque no renunciaba nunca a exhibirme sus senos, quizá por un sentido de competencia con Sue, esfuerzo en el que sus bellos pechos hubieran perdido lastimosamente la batalla junto a los opulentos, firmes y agresivos de la flamante «Miss Busto 1990».

Pero Leilah, aparte su afición a mostrar sus senos, era una secretaria eficiente, e incluso aquella mañana, notándola preocupada por lo sucedido en la oficina y en mi apartamento se

portó muy bien.

—¿Seguro que no tiene enemigos, señor Barnes? —me preguntó con desusada seriedad, al terminar de taquigrafiar mis cartas recién dictadas.

—¿Lo dice por… eso? —señalé hacia las grandes quemaduras—. No, Leilah. Si los tengo, no los conozco. Tal vez todo fue un error… o un fallido intento de robo.

—Señor Barnes, quemaron ese mueble y dejaron al descubierto una caja conteniendo más de tres mil dólares —protestó Leilah—. Y ni siquiera tocaron un solo billete. ¿Le llama usted a eso… «intento de robo»?

—Es que no sé qué otra explicación darle —resoplé malhumorado, sacudiendo la cabeza—. De todos modos, Leilah, dejemos que sea la policía quien resuelva eso. Gracias por su interés. Pase a máquina esas cartas, y pásemelas luego a la firma. Yo me voy a primera hora. Le deseo un feliz fin de semana.

—Es muy amable, señor —suspiró ella, saliendo de mi despacho.

Hundí la mano en mi bolsillo, para buscar unos cigarrillos y calmar mi nerviosismo. Tropecé con algo arrugado en el fondo, y lo extraje, mientras no dejaba de pensar en lo sucedido.

De repente, me acordé de ello. Era la carta.

La carta del sello plateado y el extraño matasellos del futuro. La carta, con el mensaje demandando auxilio, desde una fecha imposible.

La contemplé, absorto. Entre la embriaguez de la noche anterior, la chica del club nocturno y esto de ahora, había llegado a olvidar casi totalmente la dichosa carta.

Mis ojos pasaron del largo sobre de extraño papel metalizado, hasta los muebles abrasados. Yo había dejado primero esa carta allí, en un cajón. Luego, la había tomado conmigo de modo instintivo.

Terminé el recorrido en la papelera, volcada al fondo del despacho cuando yo entré en él. Había visto todos los papeles dispersos por la moqueta, como si se hubiera volcado al penetrar violentamente unos intrusos en la oficina.

¿Se había volcado… o «la volcó» alguien?

Buscando ¿el qué?

De repente, una idea sobrecogedora asaltó mi mente.

La carta.

Alguien buscaba la carta del futuro. Aquí, en el despacho. Y en mi casa…

¿Quién? ¿Por qué?

Mis costumbres eran rutinarias. Siempre iba a casa después del trabajo, en un día laborable. Esta noche anterior había sido diferente. Rompí la rutina, pero ¿lo sabían ellos?

Mientras yo cenaba y bailaba, mientras yo iba con una chica a su apartamento, «alguien» asaltaba primero la oficina, luego mi propio apartamento, por si yo estaba allí…, y me había llevado conmigo lo que no hallaron en el despacho.

La carta.

Era un motivo fútil y absurdo, visto así, de repente. Ya fuese una broma, una añagaza publicitaria —aunque el informe de Mike Forrest excluyese tal posibilidad casi definitivamente—, ¿qué interés podía tener nadie en hacerse con aquella misiva grotesca e incongruente?

Aparentemente, ninguno. Pero habían ocurrido dos hechos inexplicables, y yo quería estar seguro de algo. El mejor camino era empezar a comprobar cosas.

Tomé el teléfono. Pedí a la centralilla de la torre comercial que me comunicase con los laboratorios de investigación de nuestra empresa. Momentos más tarde, hablaba con el doctor Walt Benson, director del departamento químico de nuestra entidad comercial.

—¿Desea algo, señor Barnes? —me preguntó con deferencia cuando me identifiqué.

—Sí, por favor. Y es bastante urgente. No se trata de nada oficial, sino de un análisis de tipo particular. No sé si debo molestarle con esto, doctor Benson, pero tengo gran interés en la cuestión.

—Me sentiré muy complacido de poderle atender, aunque sea algo al margen de nuestra labor comercial —me aseguró él—. Siempre se dispone de unos minutos para una cosa así. ¿De qué se trata?

—Yo mismo iré a decírselo —recordé repentinamente lo que me indicara el oficial de policía sobre la posibilidad de una intervención telefónica—. No tardo ni cinco minutos, doctor.

Así fue. Uno de los potentes ascensores hidráulicos me condujo a los sótanos de la torre comercial, donde se hallaban los laboratorios

de nuestra empresa. Ya me esperaba el doctor Benson, un hombre amable, canoso y con lentes de montura metálica, que me estrechó la mano cordialmente, invitándome a pasar a su propio laboratorio, donde trabajaba con dos muchachas jóvenes, ayudantes suyas.

—Y bien, señor Barnes, ¿a qué debo el honor de que haya pensado en mí? —me pidió con expresión afable.

Se lo expliqué con rapidez y le entregué sobre y misiva, esta última con cierto reparo, por si era motivo de burla por su parte. Sin embargo, no observé en su expresión ironía alguna cuando examinó atentamente sobre y papel, mirándome luego con cierto aire de estupor.

—¿Y qué quiere que haga, exactamente? —me preguntó, sin referirse para nada al contenido, de la carta, que, sin duda, le sorprendía tanto como a mí.

—Conocer la composición de ese papel, de la tinta, e incluso del sello y matasellos, si ello es factible —dije con decisión—. Es posible que no tenga importancia alguna, pero estemos sopesando la posibilidad de un truco publicitario de gran efecto, y queremos salir de dudas.

Le mentí con toda serenidad, y creo que él se dio cuenta de la mentira. No dijo nada, sin embargo, limitándose a tomar el mensaje y mirarme mientras se ponía en pie.

—Entiendo —dijo—. Supongo que quiere los resultados lo antes posible.

—Supone bien, doctor —asentí. El químico no comentó cosa alguna. Personalmente, se encaminó a una de las instalaciones del laboratorio y me informó, antes de comenzar su tarea:

—En pocos minutos le habré dado la composición química de este papel, de la tinta empleada y de la clase de máquina utilizada para escribir. Lo del sello y el matasellos llevará algún tiempo, porque no creo que la computadora de análisis esté programada para ello.

—No importa. Eso puede esperar. Lo demás es lo que me interesa, doctor.

—Entonces, le ruego que espere unos minutos. Esperé. Él hizo una serie de análisis, examinó al microscopio electrónico el sobre y el mensaje, los pasó a un aparato de grabación electromagnético, extrajo fibras del papel, las analizó también, y todos los datos

obtenidos los fue pasando a una computadora, que procesó cuanta información recibía, para dar los resultados definitivos.

Cuando le vi extraer una cartulina perforada, me sentí inquieto y nervioso, sin saber la causa. El doctor Benson regresó junto a mí, devolviéndome el mensaje y el sobre, al tiempo que insertaba la cartulina en un lector electrónico situado en aquella estancia. Pulsó unas teclas, emitió la máquina un zumbido, y comenzaron a aparecer líneas de letras de un verde fluorescente en la pequeña pantalla computadora.

Leí, absorto, aquellos datos, de los que tampoco el doctor Benson separaba sus ojos fijos, maravillados, casi incrédulos:

> «TEJIDO SIMILAR PAPEL. POSEE FIBRAS PLASTICAS Y METALICAS. COMPOSICION DESCONOCIDA. SIN DATOS SOBRE LA MATERIA. INCOMBUSTIBLE E IRROMPIBLE. SIN ANTECEDENTES SOBRE EL TEJIDO EXAMINADO».

Luego, tras un espacio en blanco, otra serie de datos:

> «MAQUINA DE ESCRIBIR Y TIPOS DESCONOCIDOS EN EL MERCADO MUNDIAL.
> NO HAY ANTECEDENTES REGISTRADOS. TINTA PLATEADA USADA EN FIRMA, TAMBIEN DE DESCONOCIDA COMPOSICION. INDELEBLE E IMBORRABLE. ANALISIS DEMUESTRA EXISTENCIA DOS O TRES SUSTANCIAS SIN REGISTRO ANTERIOR. DATOS INSUFICIENTES».

La máquina terminó su lectura con un zumbido. Una ranura devolvió la tarjeta perforada con el resultado del análisis electrónico. El doctor Benson y yo nos miramos largamente.

—Eso, en concreto, ¿qué quiere decir, doctor? —indagué.

El químico me contempló pensativo, antes de responder:

—No lo sé, señor Barnes. Si no fuese un absurdo, yo diría que esa carta ha sido escrita por una máquina que *aún no existe*… en un papel que *todavía no se ha fabricado*. ¿Esto le dice algo, señor Barnes?

Me quedé contemplándole con una mezcla de horror y estupefacción. Luego moví afirmativamente la cabeza y le devolví el

misterioso sobre.

—Sí —musité—. Me temo que sí. Por favor, ahora sí tengo un gran interés en saber qué resultados obtiene de examinar y analizar este sello, el matasellos… y todo lo demás. Necesito los resultados hoy mismo, antes de las cuatro de la tarde, en que he de salir para el aeropuerto.

—Los tendrá —me prometió el doctor Benson—. Palabra que los tendrá.

Yo estaba seguro de que el químico cumpliría con su palabra.

Pero ni él ni yo contábamos con algo que iba a impedirlo. Cuando lo supe, eran ya las cuatro menos diez minutos de la tarde y me disponía a marchar hacia el aeropuerto, para volar hacia Londres, no sin antes recoger los datos obtenidos por el doctor Benson tras el examen minucioso del sobre de aquella misteriosa carta.

Fue entonces cuando me enteré de que el doctor Walt Benson había muerto. Y el sobre del sello plateado había desaparecido.

3

—Muerto… ¿pero cómo es posible? Hace solamente dos horas estuve aquí, hablando con él…

—Nadie se lo explica, señor Sames… —me respondió, sollozando, una de las Jóvenes ayudantes del químico—. Ninguna de nosotras estaba con él cuando trabajaba en el microscopio electrónico. Debió de sufrir una descarga eléctrica muy potente. Olmos su grito. Fue un alarido espantoso…

La joven, incapaz de proseguir, rompió a llorar amargamente. Fue su compañera, algo más serena, aunque también llorosa, quien me refirió el resto:

—… Acudimos a él, por si sucedía algo anormal, y le encontramos ahí, electrocutado, con ese gesto de horror y angustia en el rostro, caído junto a la computadora.

Me estremecí, recordando la reciente visión de aquella faz tan diferente a la que yo conociera, con una convulsión de angustia suprema, que había borrado la sonrisa amable del infortunado químico.

—Él trabajaba en un sobre de carta… —comenté.

—Lo sabemos —asintió la muchacha—. Lo tenía ante sí, bajo el microscopio electrónico, antes de salir nosotras del laboratorio. Pero ya no estaba ahí cuando regresamos.

Y señalaba una plataforma bajo el microscopio electrónico. Miré al vacío de la misma, donde no había ni rastro del sobre misterioso. Ya había buscado por todo el laboratorio sin dar con rastro alguno de él.

—¿Cómo pudo producirse la descarga eléctrica que le mató? —quise saber.

Un técnico de nuestra empresa que examinaba las instalaciones, meneó la cabeza con perplejidad.

—No lo entiendo —manifestó—. No hay nada anormal en las

instalaciones eléctricas y menos aún en las de alto voltaje. En buena lógica, la descarga no pudo provenir de ellas…

—¿De dónde, entonces? —quise saber.

—Si pudiera responder a eso… —el técnico hizo un gesto de desaliento—. Es obvio que una poderosa descarga eléctrica mató al doctor Benson, pero ni siquiera en los cuadros de interruptores se ha registrado alteración alguna en la energía eléctrica de esta sala.

—Pero eso no es posible, habiendo existido la descarga mortal…

—Lo sé, señor Barnes. Sin embargo, me limito a indicarle algo que ya he comprobado sin lugar a dudas. Es como si la descarga que mató al doctor hubiera venido de fuera, de algo que no pertenece a estos laboratorios, cosa totalmente imposible, a juzgar por los hechos. Algo ha ocurrido aquí, y tengo que hallar la explicación lógica.

—¿No entró nadie en este laboratorio al salir ustedes? —pregunté a la más serena de las dos ayudantes femeninas.

—No, por supuesto. Hay un sistema de cierre de seguridad. Nadie puede entrar sin solicitarlo previamente y presentar su tarjeta de personal del edificio, que se registra en el computador. Como ve, no hay nada en él. No entró ni salió nadie desde que nosotras dejamos al doctor y hasta que regresamos, atraídas por su horrible grito…

Así estaban las cosas Todo era totalmente incomprensible. Yo había perdido ya mi vuelo a Londres, pero eso importaba poco a estas alturas. Había cosas mucho más graves y apremiantes que me acosaban como una pesadilla.

Como los datos de la computadora sobre la carta misteriosa. Las quemaduras en puertas, moquetas y muebles, en mi despacho y en mi apartamento.

Y ahora, la muerte del químico Benson en plena tarea de análisis de un sobre de carta que yo le había entregado. Muerto por una misteriosa descarga eléctrica de naturaleza desconocida, que no parecía haberse originado en la propia instalación eléctrica de los laboratorios.

Además, el sobre había desaparecido. Con su sello color plata, su matasellos en relieve…

Algo estaba sucediendo. Algo que no tenía sentido aparente, que estaba muy lejos de mi entendimiento. Pero que tenía relación, sin

duda, con la extraña carta llegada de no sabía dónde.

Una carta escrita con una máquina de tipo desconocido, en un papel o tejido plástico metalizado, de clase no conocida tampoco… y firmada con una tinta plateada de la que tampoco existían muestras previas en una computadora memorizada para retener toda clase de datos analíticos.

Todo empezaba a resultar no sólo inquietante, sino estremecedor. Si nadie había entrado ni salido del laboratorio, ¿cómo desapareció el sobre que examinaba el doctor Benson en el momento de morir?

¿Y qué era lo que había matado, realmente, al químico?

Si seguía pensando en todo esto, iba a terminar enloqueciendo. Pero no podía apartarlo fácilmente de mi cerebro. No podía pensar en otra cosa.

No. No podía dejar de darle vueltas, confusa, torpemente, sin que me fuera posible pensar en cosas más gratas y amables. Como, por ejemplo, Sue.

Sue, que se quedarla en Londres, esperándome en vano, mientras yo permanecía allí como sobrecogido ante el cadáver del doctor Benson, ante los crecientes indicios de que un enigma inexplicable estaba empezando a rodearme, a envolverme en una especie de sutil y pegajosa tela de araña…

* * *

No era tan confortable como mi propio apartamento, pero podía pasar. Un lugar pequeño, acogedor y tranquilo, en una zona residencial, bastante alejada de mi habitual círculo social y profesional.

Lo contemplé todo atentamente antes de quitarme las ropas y ponerme cómodo. El espejo me reveló una ingrata imagen de mí mismo. Estaba pálido, algo ojeroso, y ni siquiera me había acordado de afeitarme.

Recientemente, había expedido un cable urgente a Londres, notificando a Sue la suspensión de mi viaje «por causas de fuerza mayor, difíciles de explicar», y prometiéndole amplias referencias al respecto, algo más adelante. No le añadí ni una palabra más, y

mucho menos le facilité el número telefónico de mi nuevo y provisional alojamiento.

Seguía instrucciones del oficial de policía que, tras informarse de la muerte del Infortunado doctor Benson, había insistido en la necesidad de alojarme en un sitio desusado, sin informar a nadie de mis señas ni teléfono. Me llevé lo justo para pasar allí unos días, adquiriendo por el camino algo de ropa, alimentos y bebidas. No debía ir a ningún establecimiento público tampoco. Era el consejo de la policía. La muerte del químico había sensibilizado todavía más a la policía. El funcionario encargado del caso —ahora sabía que se llamaba teniente Carpen— ter—, había insistido con más fuerza que nunca. Parecía albergar sospechas sobre lo accidental de la muerte del doctor Benson, a pesar de que yo le había ocultado la existencia de la fantástica carta del futuro que obraba en mi poder, ahora incompleta a causa de la pérdida del sobre con el sello plateado.

Me pregunté si obraba honestamente ocultándole tal detalle al policía, pero dudaba mucho de que tuvieran la suficiente imaginación para relacionar un mensaje tan insólito con los sucesos de aquellas últimas horas.

Disponía de televisión, radio y tocadiscos. También de un mueble-bar bastante surtido y hasta un teléfono con pantalla visora en color, aunque no pensaba utilizarlo salvo para hablar con la policía, y aun eso dando un nombre-clave que el teniente Carpenter me había sugerido: John Smith. La imaginación del oficial, por cierto, no demostraba en ese punto ser muy brillante, pero tal vez bastara para desorientar a cualquier espía adversario…

Me daba la impresión de estar metido en un fantástico enigma de violencia y de terror. Pero ni siquiera lograba entender cómo pudo nadie matar al doctor Benson, sin entrar en el laboratorio y sin usar la energía eléctrica del recinto. La pérdida del sobre me obsesionaba. Por fortuna, aún conservaba la carta, pero era como no tener nada. ¿Cómo diablos iba yo a encontrar a una mujer llamada Zyra, cuya dirección desconocía y que, además, fechaba su extraña carta a cuatrocientos años de distancia en el futuro?

Podía tratarse de una demente, por supuesto. Ya lo había pensado. Pero ¿por qué el papel, la tinta y la máquina eran de materia y modelo desconocido?

Me dejé caer en un asiento, tras llenar el frigorífico con los

alimentos envasados y las bebidas que trajera conmigo. Cerré los ojos, tratando de no pensar en nada, de no torturarme.

En ese momento, sonó el videoteléfono. Lo miré, aprensivo, sobresaltado. Siguió insistiendo. Lo descolgué, apartándome del objetivo de imagen para no aparecer en pantalla allá, al otro extremo del hilo.

—¿John Smith? —sonó una voz distante.

—Sí. ¿Teniente Carpenter? —respondí.

—Exacto. Puede aparecer en pantalla, estoy solo y en un teléfono sin posible control. Es una línea especial para casos confidenciales.

Asomé ante el objetivo del circuito de televisión. En pantalla, ante mí, tenía el rostro apacible del oficial de policía. Nos miramos a través de las ondas hertzianas.

—¿Alguna novedad? —quise saber.

—Ninguna. Le llamaba por simple medida de seguridad. ¿Está bien alojado?

—Bastante bien, sí.

—Sí necesita algo, llame a mi número especial. Le enviaría alguien de mi confianza o iría yo mismo. No se fíe de nadie.

—¿Tan mal ve usted mi situación, teniente?

—Ya la veía mal antes. Ahora, con lo del doctor Benson, la cosa ha empeorado —me contempló con gesto de reproche, antes de proseguir—: ¿Por qué me lo ocultó, señor Barnes?

—¿Ocultarle? —me estremecí—. ¿El qué?

—Lo sabe muy bien. La carta.

—La carta… Oh, no la relacioné en absoluto con eso. ¿Cómo lo supo?

—Su amigo, el doctor Benson, nos lo dijo.

—¿Él? Pero sí era un asunto confidencial. Y ahora está muerto…

—No necesitó revelarlo de propia voz, naturalmente. Dejó grabado algo en la computadora. Algo que usted se molestó en buscar en el laboratorio electrónico, pero yo sí.

—¿Y… qué dejó el doctor Benson allí? —pregunté, tímido.

—No debería decirte nada, señor Barnes. Usted no jugó limpio conmigo. Esa carta puede ser importante. Al menos, el doctor Benson le dio importancia, puesto que grabó unos informes muy particulares sobre una carta que estaba examinando, justamente

minutos antes de morir… ¿Tiene usted esa carta?

—No —negué—. Es decir, no el sobre, que él conservó para examinar. Poseo el pliego que contenía, pero le aseguro que es una tontería. Siempre pensé que se trataba de un truco de publicidad o algo así…

—Lo dudo mucho. ¿Sabe lo que dejó grabado su químico?

—No… —me tembló la voz.

—Se lo diré, siempre que usted me muestre ahora esa carta a través del visor y pueda hacerle una fotografía en color. Luego, más tarde, tendrá que prestarme dicha carta para su examen en nuestros propios laboratorios, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, teniente —suspiré, buscando en mi bolsillo y situando ante el objetivo de
TV
la hoja desplegada, que al otro lado del videoteléfono estarían ahora grabando minuciosamente—. ¿La ven bien?

—Perfecto. Estamos tomando imágenes en videoscope, para más perfecto examen. Pero no pierda esa misiva por nada del mundo. Ahora, le diré lo que tengo aquí, grabado por el infortunado doctor Benson… Aparte de referirse a la materia absolutamente desconocida de que se forma el papel del documento, había del sello o estampilla, que es de otra materia totalmente ignorada y difícil de analizar, una especie de aleación metálica, adhesiva y flexible. La impresión está hecha en tintas especiales que la computadora desconoce y no analiza, y el matasellos en seco, revela un procedimiento mecánico que no se utiliza en ningún centro postal del mundo. Aparte de eso… la computadora declara admitir como MUY posible que ese documento proceda de OTRO lugar o de OTRO TIEMPO que no sea el nuestro. ¿Ha oído bien eso, señor Barnes?

—Perfectamente —sentí un violento escalofrío—. Lo he oído, teniente.

—¿Y qué tiene que decirme? ¿Cree, realmente, que se pueden recibir cartas de otro planeta… o del futuro?

—No… no sé —me enjugué el sudor, resoplando—. Quisiera poderle responder, se lo aseguro.

—Pero usted tenía ya sus dudas, sus sospechas, ¿no es cierto? Por eso me ocultó la cuestión…

—Por favor, teniente, no creo en cuentos de hadas. Esa carta es una impostura, un absurdo.

¿Usted cree? —dudó el policía—. Entonces, ¿por qué mataron al doctor Benson y desapareció el sobre de esa famosa carta? ¿Por qué allanaron su casa y su despacho con un extraño artefacto abrasador? ¿Hay respuestas para todo eso, señor Barnes?

—No —confesé—. No la hay, teniente. O terminarla volviéndome loco.

—Le creo —suspiró él, mirándome entre burlón y compasivo—. Es mejor que no piense en ello. Nosotros intentaremos hacerlo por usted. Pero, por el amor de Dios, no pierda esa carta por nada del mundo. Puede ser sumamente valiosa para nosotros.

—Se lo prometo —dije, un poco precipitadamente—. No la perderé:

Colgué, mientras de nuevo el fantasma de aquella carta maldita volvía a obsesionarme y torturarme. No se me ocurrió que mi promesa había sido demasiado prematura.

Yo estaba seguro de conservar la carta del futuro, intacta, en mi bolsillo, a la espera de la llegada del oficial de policía a mi actual santuario secreto. Pero no conté con muchas cosas.

No conté con que ése podía ser mi propósito.

Pero no el de otras personas. Personas que podían llegar no sé de dónde… y cambiarlo todo rotunda, totalmente…

Cuando lo supe, era ya demasiado tarde para evitarlo.

Fue cuando ya había perdido definitivamente la misteriosa y preciada carta llegada de otros tiempos, a través de lo imposible…

* * *

Desperté violenta, bruscamente.

No sabía por qué. Pero algo me había despertado, arrancándome con brusquedad de mi profundo sueño.

Inmediatamente, tuve plena consciencia de que no estaba solo en el pequeño y confortable apartamento. No porque oyese ruido alguno o viera a persona viviente de cualquier ciase en tomo mío. Sencillamente, lo supe. Y eso era bastante.

Me incorporé, inquieto. Mi corazón latía con fuerza. Escuché, en

la oscuridad, los ojos muy abiertos, tratando de no hacer ruido alguno. A medida que permanecía unos segundos en esa posición, las tinieblas ya no eran tales, y se iban convirtiendo paulatinamente en una penumbra suave, a causa de los reflejos de luz que venían de alguna parte, en el exterior, a través de las rendijas de una persiana no totalmente ajustada.

Concentré mis ojos en un punto del gabinete, del cual me separaba una puerta entreabierta. Había visto una sombra. Estaba seguro de ello. Una sombra que se movía, que se deslizaba sigilosamente, sin producir ruido alguno.

Había alguien allí. Ya no había lugar a la duda.

Empecé a abandonar el lecho con lentitud. Por fortuna era muy bajo y la moqueta del suelo era espesa y acolchada. Mis pies descalzos no produjeron ruido alguno en la acción iniciada. Pisé la moqueta, me erguí. Ni el más leve roce provoqué en mi sigilosa maniobra.

No separaba los ojos de la abertura de la puerta. Me sobresalté. Otra sombra humana se agitó al extremo opuesto. Se deslizó al encuentro de la otra. Las dos se mantuvieron en la zona de levísima claridad.

Había más de uno. Cuando menos un par. Las cosas se complicaban. Especialmente, si iban armados. Con un estremecimiento aprensivo, recordé las huellas de terribles quemaduras, abrasando la puerta, las moquetas y muebles de mi casa y de mi despacho. Y, sobre todo, la muerte del doctor Barnes, electrocutado.

¿Eran las armas de aquellos desconocidos intrusos las que causaban tales destrozos? La idea no resultaba esperanzadora ni grata. Pero no podía acobardarme. Y no me acobardé.

Mientras deslizaba mis pies descalzos sobre la moqueta, iba pensando en lo insólito de esta situación. Sólo el teniente Carpenter y yo conocíamos mi actual paradero. ¿Cómo era posible que alguien más me hubiese localizado?

Traté de no pensar en ello. Ni en nada. Eran aquellos merodeadores nocturnos los que contaban, y mucho. Ellos eran mi más importante y cercano problema. Tenía que deshacerme de ellos.

Unos pasos más, y estuve junto a la puerta. Lamenté que éste no

fuese mi alojamiento habitual. Aquí andaba algo desorientado. Desconocía el emplazamiento exacto de muebles, luces y objetos. Podía tropezar en cualquiera de ellos y echarlo todo a rodar. No tenía ventaja alguna frente a los intrusos. Y ellos, en cambio, eran dos o más. Toda la ventaja estaba de su parte en principio.

Oí un ronco murmullo. Voces. Me sorprendió no entender absolutamente nada. Era como si hablasen un lenguaje extraño, ajeno a los que yo conocía. ¿Extranjeros, tal vez?

Unas palabras del teniente Carpenter acudieron a mi memoria, con escalofriante precisión:

«… Proceder de OTRO lugar… o de OTRO TIEMPO que no es el nuestro…».

La idea me sobrecogió, pero no llegó a aterrorizarme como esperaba. Sencillamente, seguí adelante.

Y, de súbito, se encendieron las luces del apartamento.

Mi sobresalto fue muy grande esta vez, aunque ya sabía que había allí unos intrusos y, por tanto, el peligro era cercano, latente. Aun así, su propia audacia me impresionó, dejándome momentáneamente paralizado, deslumbrado todavía por la brusquedad de la iluminación.

Les vi claramente.

Eran tres. Vestían extrañamente. Sus cuerpos se silueteaban a la perfección, envueltos en una ceñida indumentaria de un material que, sin duda alguna, no era un tejido corriente. Tal vez fuese plástico o algo similar. Tenía una tonalidad irisada, con reflejos metálicos, color dorado, con un soporte para aferrar con los dedos, apuntando hacia adelante, con apariencia inofensiva. Pero apenas intenté hacer algo contra aquellos hombres, lanzando una sorda imprecación y precipitándome con intenciones de atacarles, ocurrió lo que debía de haber presentido.

Uno de aquellos tubos llameó.

Fue solamente como un destello de luz, partiendo de él y envolviéndome. Pensé que me desintegraba, que mi cuerpo saltaba en pedazos, como si un rayo láser o una energía atómica desencadenada me hubiese golpeado bruscamente.

Las figuras de aquellos hombres de extraña indumentaria y rostro inescrutable, en los que ninguna emoción se había reflejado al ver mi ataque ni al rechazarlo con tal sencillez ellos, bailotearon

ante mis ojos, confusamente. Las formas en las imágenes que podían captar mis retinas, se distorsionaron y deformaron, Creo que grité algo, aunque no sentía auténtico dolor, pero no, puedo estar seguro de ello.

Me contemplaban fría, desapasionadamente, mientras yo me tambaleaba y comenzaba a caer al pavimento. Uno de ellos desplegó los labios, habló algo con sus compañeros. No entendí nada. Era un lenguaje totalmente incomprensible para mí, y eso no podía atribuirlo al aturdimiento que me invadía.

Caí de bruces en el suelo, viendo cómo sus extrañas armas me encañonaban. Intenté resistirme, no ceder a la sensación de total abandono y lasitud que me invadía.

Las imágenes se hicieron aún más confusas, se alargaron desmesuradamente y comenzaron a fundirse en una oscuridad paulatina. Vi que ellos se movían silenciosamente hacia mí, sin que su blanco calzado plástico hiciera el menor ruido.

Gruñí algo, manoteé en vano, intentando luchar contra lo que me vencía, y no pude conseguir nada. Me derrumbé de modo definitivo. Todo se oscureció en torno mío.

Y ni siquiera supe si llegaría a despertar alguna vez de esta inconsciencia, o si esto sería la muerte.

Una muerte llegada de lejos. De muy lejos. De lo desconocido.

Tal vez…, tal vez del Futuro.

* * *

No. No era la muerte. No había sido la muerte.

Estaba vivo todavía. Totalmente vivo. Lo comprobé cuando pude empezar a incorporarme, tras los primeros instantes de aturdimiento. Aferrado a los muebles, al muro, a cuanto hallaba a mi alcance, para sostenerme en pie sobre mis tambaleantes piernas, logré erguirme del todo. Miré en derredor.

La luz seguía encendida. Pero no había nadie en el apartamento. Todo parecía ahora un sueño, algo imaginado por mi mente calenturienta y obsesionada.

Pero por alguna razón había recobrado la consciencia tendido en el suelo, lejos de mi lecho. Por alguna razón recordaba yo todavía a

los tres hombres de indumentaria ceñida, de material plástico, de blancos guantes y calzado, de extraño casco sobre la cabeza, con una pantalla emitiendo destellos de luz intermitente.

Y aquellos rostros duros, fríos, impenetrables. Bien rasurados, de facciones angulosas, de extraña semejanza entre sí, como si todos fuesen familiares o algo parecido. De mirada hermética e inexpresiva, como ausente de emociones.

Y sus armas.

Aquellas armas pequeñas, como juguetes. Pero que despedían una luz súbita, silenciosa, capaz de aturdir y derrumbar a un hombre. Lo había experimentado en mi propio ser, sin lugar a dudas.

No, no había sido un sueño. La fantástica aventura, realmente, me había sucedido.

Pero ¿por qué?

Yo ocupaba una vivienda que nadie conocía, salvo el propio teniente Carpenter. Nadie podía saber que yo me alojaba allí. Nadie tenía razón para atacarme, a menos que…

¡La carta!

Me asaltó la idea súbita, bruscamente. Sentí un extraño frío interior. Me precipité, pese a lo torpes que aún eran mis acciones, al lugar donde recordaba muy bien haber guardado la misiva firmada por la extraña y desconocida Zyra.

Abrí el mueble, que tenía asegurado con doble cerradura de seguridad, sólo capaz de ser accionada mediante un dispositivo electrónico.

El mueble quedó abierto.

Pero estaba vacío. La carta de Zyra no estaba allí.

* * *

—La carta… Se la llevaron…

—¿Está seguro? —la pregunta del teniente Carpenter era fría, tensa.

—Sí, teniente —afirmé, desolado—. Ya no está donde yo la guardé. Los merodeadores nocturnos la encontraron, no sé cómo. También abrieron el mueble, y desconozco qué procedimiento

utilizaron para maniobrar la doble cerradura electrónica, sin forzarla, sin conocer la clave del programador ni disponer del objeto electromagnético adecuado para abrirla. Lo cierto es que la carta ya no está allí.

—¿Está totalmente seguro de que la dejó en ese lugar, Barnes?

—Por completo, sí. La dejé allí. Pensé que estaba segura. La llave electrónica la tengo conmigo, guardada. No la han tocado. No necesitaron hacerlo para accionar el doble cierre y llevarse la carta.

—Por tanto, hay que suponer que era eso lo que buscaban: la carta.

—Sí, resulta obvio, Pero ¿por qué?

—Lo ignoro. Tenemos fotocopias perfectas de la misiva, y los datos del análisis de papel, tinta y demás detalles. Realmente, no necesitábamos ya para nada esa carta, salvo como prueba de que existía y que su origen era bastante extraño. Ahora sabemos que, para ellos, era muy importante recuperarla.

—Pero…, pero teniente, es para enloquecer. Aquellos hombres vestían extrañamente, llevaban unas armas sofisticadas, muy especiales, que ni siquiera matan. No puedo entender quiénes eran ni de dónde venían, a menos que…

—¿A menos… que, amigo mío? —sonrió el teniente, que paseaba ante mí, en el apartamento secreto donde inútilmente me había guarecido, huyendo de mis fantasmales enemigos.

—No sé… —me pasé una mano nerviosa por la frente. La tenía humedecida de sudor—. Es una locura, pero he llegado a pensar que «ellos»… vinieron de otro lugar en el Tiempo… o en el Espacio, teniente.

—Yo también —afirmó el oficial de policía, para sorpresa mía—. Yo también he pensado eso, Barnes.

—¿Usted? —balbuceé, atónito.

—¿Por qué no? —me dirigió una mirada pensativa, mientras fruncía su ceño—. Es la única explicación razonable.

—¿Le llama «razonable» a eso? —gemí.

—Seamos prácticos, Barnes. Olvidemos la posible fantasía de un hecho así. Estudiemos lo sucedido. Usted recibe una carta con fecha del año 2390. Usted mismo comprueba que el papel, la tinta, el sello y el matasellos NO corresponden a nuestra época en absoluto. Luego, surgen misteriosas quemaduras, ataques inexplicables a los

lugares donde, lógicamente, usted podría haber escondido esa misiva. Posteriormente, estando investigando el sobre, muere un hombre, y ese sobre desaparece. Finalmente, usted se esconde con la carta y la carta desaparece, también, tras ser usted dejado fuera de combate por tres intrusos que «tampoco» visten ni hablan como la gente de nuestro tiempo y de nuestro mundo. ¿Correcto el resumen de los hechos, Barnes?

—Sí, teniente —tuve que admitir de mala gana—. Totalmente correcto.

—Entonces, ¿a qué conclusión podemos llegar, usando una fría lógica y un razonamiento sereno? A ésta: la carta, realmente, *llegó del Futuro*. No me pregunte cómo porque soy un rutinario oficial de policía que jamás lee Ciencia-Ficción ni nada semejante. Pero ocurrió. Y usted, amigo mío, ha sido involuntario protagonista de este increíble suceso.

—Pero…, pero es absurdo. ¿Cómo podría saber nadie, en el futuro, que yo existí en esta época, y cómo sería posible recurrir a mí en demanda de ayuda, enviando una carta una simple carta, teniente, a través…, a través de cuatro siglos hacia el pasado?

—Sencillamente, Barnes: ignoramos qué sucederá en el futuro. Por tanto, ignoramos también sus recursos, sus procedimientos…, todo. Pero a alguien, en ese período de tiempo que está por llegar, no le gustaba la idea de que usted tuviese en su poder esa carta. Y, sencillamente, se la llevó.

—Muy simple —me quejé—. Es para volverse loco, teniente.

—En eso estamos de acuerdo —rió suavemente, frotándose el mentón con ojos de grave expresión—. Sí, muy de acuerdo, amigo mío. Dígame, ¿qué piensa hacer ahora?

—¿Y me lo pregunta a mí?

—Al parecer, es usted la única persona que puede dar una respuesta a determinadas cosas. Recuerde que ha sido usted el destinatario de esa extraña carta.

—No es fácil que lo olvide —murmuré de mala gana, inclinando la cabeza con una sensación de zozobra inquietante—. Pero estoy sometido a una total impotencia, teniente. Ni siquiera sé lo que podría hacer por llegar a algo concreto.

—Le entiendo. No me gustaría estar en su lugar, Barnes. Es usted el centro de un singular complot bastante difícil de entender.

Aunque lo más probable es que, ahora que se ha quedado sin esa carta definitivamente, no vuelva a ser molestado, ni sepa nada más de ello.

—Aunque sea así…, ¿cree que podré olvidar que, en alguna parte, hay una persona, una mujer llamada Zyra, que confió en mí y me pidió ayuda? —murmuré amargamente.

—Tal vez no le sea fácil olvidarlo, pero debe hacerlo. O terminaría volviéndose loco, Barnes. Por una rara acumulación de circunstancias que yo no puedo entender, usted fue objeto del envío de una demanda apremiante de ayuda para alguien. Sólo que ese alguien se encuentra en un lugar del Espacio o del Tiempo adonde usted no puede llegar. Deje que la vida siga su curso natural. Ni usted ni nadie puede viajar aún al pasado o al futuro.

—Ellos sí pueden, a juzgar por lo que sucedió.

—Es posible, pero pertenecen a otra época. Si los hechos son rigurosamente ciertos, significa que en el futuro se podrá viajar por el Tiempo. Ellos lo hicieron a través de un espacio de cuatrocientos años. Pero eso, a nosotros, nos está vedado, y usted lo sabe. De modo que sólo cabe una solución: olvidarlo.

—¿Y olvidar a Zyra? ¿Olvidar que su vida y su muerte dependen de que yo atienda esa petición de auxilio?

—Aunque así fuese, el hombre nada puede contra sus propias limitaciones, Barnes. Sencillamente, no puede atender esa llamada. Es todo.

—Pero ella, la mujer llamada Zyra…, corre peligro, en algún lugar en el tiempo —susurré—. ¿Por qué tuvo que pensar, entonces, en un hombre llamado Duncan Barnes, del que nada podía saber?

—Tal vez usted, en el futuro, sea famoso por algo —sonrió el policía, mirándome con cierto aire compasivo—. Eso aún no puede saberlo…

—Sigo preguntándome algo, teniente —musité, abatido, dejándome caer en un asiento, con la mirada perdida en el vacío—. ¿Por qué a mí, precisamente? ¿Por qué?

—Eso… nadie puede saberlo. Yo, desde luego, no —resopló el oficial de policía—. ¿Por qué no recurre a un vidente para que le ayude? Es la única solución que se me ocurre, amigo mío…

Y se encaminó cachazudamente hacia la salida, sin añadir una sola palabra más. Yo me quedé pensativo, como si de repente me

hubiese inmovilizado, víctima de algún extraño sortilegio.

Unas pacas palabras del teniente Carpenter habían bastado para ello. Repentinamente, algo, un ramalazo de sorpresa y de revelación al mismo tiempo, se había despertado en mi interior, agitándome con una emoción nueva e imprevisible.

—Un vidente… —susurré, absorto—. ¡Un vidente…! Pero ¡si YO SOY vidente…, como lo fue mi padre!…

Instantáneamente, con la centelleante claridad con que podría haber estallado un rayo delante mío, vi antiguas imágenes de mi vida y de la del hombre que me dio el ser. Olvidé lo que era actualmente, para recordar lo que fui de niño, lo que hubiera podido seguir siendo, de haber continuado la vida profesional de mi padre.

Vidente.

Un hombre capaz de anticiparse en el tiempo. De ver el futuro. De escudriñar el porvenir. El propio y el ajeno.

Sólo que yo había olvidado hacía años esas facultades especiales, que nacieron conmigo y que mi padre cultivó, hasta que yo decidí seguir otro camino distinto al suyo. Yo no podía concentrarme lo suficiente, tratar de ver más allá de este momento, del presente.

¿Era ésa la respuesta a todo? ¿Había alguien, en alguna parte, en algún momento de la Historia de la Humanidad, que *sabía* de la existencia de una persona capaz de ver a través del tiempo?

Y aunque fuese así, ¿no habrían sobrevalorado en exceso las posibilidades mías como persona capaz de anticiparse en los acontecimientos y ver el futuro? Yo no podía adivinar lo que sucedería cuatro siglos más tarde. Y menos aún, ayudar a alguna mujer perdida en ese futuro remoto.

Evidentemente, la misteriosa Zyra, firmante del mensaje llegado hasta mí no sabía aún de qué mágica forma tendría que renunciar a toda posible ayuda. Yo no podía ir en su busca. No podía viajar en el Tiempo, como su asombrosa carta.

—Lo siento, Zyra —musité en voz alta, paseando por el apartamento, con verdadera irritación y mal humor—. Lo siento mucho, pero… no puedo ayudarte. Dondequiera que estés me gustaría que lo supieras ya. Que comprendieses que no me es posible. Que no soy la persona que tú imaginas… Estoy aquí, prisionero de mí mismo, de mis humanas limitaciones. Presiento

que, realmente, necesitas a alguien a tu lado. Que tu petición de auxilio es desesperada…, pero inútil. Nunca iré a tu lado. Nunca podré ayudarte, Zyra, quienquiera que seas…

Con desaliento, llegué hasta el lecho. Me dejé caer en él, abatido. Cerré los ojos, tratando de no pensar en nada, de dormir si era posible, olvidando todo lo sucedido desde que llegó aquella fantástica carta de ninguna parte.

En ese momento, sonó el videoteléfono. Me sobresaltó. Lo tomé, irguiéndome en el lecho. En la pantalla apareció un rostro que me era harto conocido. Di un respingo de sorpresa.

—Menos mal… —sonó la voz en mi oído—. ¿Dónde te has metido, Duncan? ¿A qué estás jugando?

—Sue… —contemplé el bello rostro de mi prometida en la pantalla de color—. ¿Qué significa esto?

—Eso quisiera yo saber —hizo un gesto airado—. ¿Qué significa todo lo que estás haciéndome, Duncan?

—Entiendo lo que sentirás, Sue, pero no es culpa mía…

—Sé algo de ello. Ese número de teléfono acaba de dármelo la policía. Les informé de tu desaparición, y me dijeron que, por razones especiales, habías sido aislado de llamadas exteriores en un lugar diferente. Al parecer, opinan que ya no es preciso mantener ese secreto y, al identificarme, me dijeron dónde podía localizarte. Duncan, ¿en qué lío te has metido?

—Es largo de contar, y difícilmente lo entenderías —resoplé—. Ya hablaremos de ello, Sue.

—¿Cuándo? Porque supongo que ahora deberías estar aquí, en Londres, conmigo… Y ni siquiera te has movido de ahí… ¿Es que no tengo derecho a saber lo que te ocurre, cuando la policía anda por medio y tú suspendes un viaje para reunirte conmigo?

—Ya te dije que no es fácil de relatar. Hablaremos de ello, Sue.

—Cierto que hablaremos. Pero inmediatamente. Hagas lo que hagas, hablaremos de este asunto tú y yo…, porque esta vez, soy yo quien va a emprender ahora el viaje a los Estados Unidos para reunirme contigo, ¿entendido?

—Sue, espera, yo te diré que…

No le dije nada, porque la imagen en el visor se borró y la comunicación quedó interrumpida. Malhumorado, colgué. Ahora no deseaba ver a Sue ni darle explicaciones, entre otras cosas porque

no iba a ser nada fácil que las creyese. Pero ella era así. Si había dicho que iba a venir, vendría. Y sin perder momento. Era una muchacha muy impulsiva.

Me quedé sentado en el lecho, pensativo. Ya no podía intentar dormir, ni tan siquiera descansar. Sería inútil. Estaba nervioso y excitado. Encendí un cigarrillo. Fumé calmosamente, tratando de tranquilizarme.

Clavé los ojos en el mueble. Sin saber la razón, era ya la tercera vez que lo hacía, desde que atendí la llamada de Sue.

De pronto, supe que había una razón para ello. Una razón evidente, que hasta entonces sólo había captado de una forma por completo subconsciente, sin darme exacta cuenta de ello.

Algo brillaba debajo.

La luz solar, al entrar por las rendijas de las persianas, arrancaba de vez en cuando destellos de aquel objeto metálico, que yacía bajo el mueble de donde me quitaran la carta misteriosa firmada por Zyra.

Ese objeto, que yo recordase, no estaba antes allí. Ni me pertenecía a mí.

Me incorporé. Su destello parecía fascinarme. Era plateado, intenso, como el fulgor de un rayo solar quebrándose en un bruñido espejo o en una superficie diamantina.

Me acerqué lentamente al lugar. Me incliné, arrodillándome y estirando el brazo bajo las cortas patas metálicas del mueble. Alcancé la pieza. La tomé con cautela, por si era algo peligroso.

Cuando la tuve ante mis ojos, vi que era solamente un disco.

Un disco metálico, de vivo color plateado. Sin inscripciones, anagramas ni adornos de ningún tipo. Como una gran moneda de una pulgada de grosor, y un diámetro de no más de cuatro pulgadas. Sin un orificio, sin una hendidura. Totalmente lisa, hermética. El metal, duro y frío, podía ser acero. O tal vez no. Pero en dureza y resistencia, se le podía comparar. Su naturaleza en sí, era un perfecto misterio.

Sostuve entre mis dedos aquel disco misterioso. Estaba seguro de que no pertenecía en absoluto al apartamento que ocasionalmente ocupaba. Tampoco era mío, eso desde luego.

La idea me asaltó inmediatamente, y sentí un estremecimiento.

Lo habían perdido «ellos».

Sin duda, uno de aquellos tres misteriosos intrusos había dejado allí el disco. Y no intencionadamente. Algo me decía que aquel simple objeto tenía valor. Un gran valor, posiblemente. Pero ¿cuál?

No pesaba mucho. Más bien era ligero para su tamaño, lo cual me hacía pensar en una aleación liviana. Pero ignoraba si estaba hueco o era sólido. Lo golpeé suavemente contra el muro, adoptando precauciones. Aunque no creía que se tratase de ningún arma letal o de un peligroso explosivo, pero siendo de seres ajenos a nosotros, todo era posible.

El disco de metal plateado acusó una cierta oquedad interior. Su sonido en el muro era de suave tintineo. Pero continuó tan impenetrable y tan sólido como hasta entonces, sin que nada sucediera.

Vacilé. ¿Era posible que, una vez perdida la carta, ahora tuviese en mi poder otro objeto que no me pertenecía, que tal vez ni siquiera era de mi mundo ni de mi tiempo?

Resolví salir de dudas. Pero no informaría de ello a la policía. Su intervención, anterior, procurándome aquel refugio, no había dado resultados demasiado positivos. Era mejor hacer las cosas a mi modo.

Me quité un zapato. Levanté la plantilla. Con un cuchillo cortante, hice una incisión profunda en tacón y suela, vaciando luego todo ello. Introduje, una vez terminada esa tarea, el disco en el hueco obtenido. Lo cubrí con la plantilla de nuevo y calcé el zapato. Se notaba algo raro al pisar, pero no molestaba demasiado. Destruí todos los residuos en el incinerador de basuras, y me sentí más seguro de mí mismo.

Por el momento, tenía conmigo algo que no era de este momento, del presente. Mi mente funcionaba a presión. Estaba intentando «ver» algo del futuro, intuir lo que sucedía en alguna parte de la Dimensión llamada Tiempo. Pero no era tarea fácil. Tal vez mi padre lo hubiese logrado. Yo, ahora, notaba cierta atrofia en mis facultades extrasensoriales.

De todos modos, algo me decía que aquel disco era vital para mí, pero también para alguien que, tal vez, había llegado a extraviarlo en la desesperada aventura por recuperar la carta escrita en el 2390.

Ahora, lo tenía yo. Y no estaba dispuesto a dejármelo arrebatar

por unos extraños, como sucediera con la carta del sello plateado.

Pero también necesitaba saber algo urgentemente: qué era, con exactitud, aquel disco de metal.

Y eso es lo que intenté averiguar. Pero esta vez adoptando toda clase de precauciones contra los que presentía enemigos míos, llegados a través del Tiempo y del Espacio.

4

El profesor Talbot me contempló, pensativo. Le noté preocupado. Profundamente intrigado, además.

—No lo entiendo —me confesó abiertamente.

—¿Qué es lo que no entiende? —quise saber.

—Nada de esto. Las precauciones, los temores… Y luego, el examen de ese objeto, el metal de que está compuesto… y otros detalles.

—¿Quiere una respuesta a todas esas preguntas, profesor? —sonreí tristemente—. La muerte del doctor Benson está demasiado reciente para que me fíe de nada. Por eso hice establecer una doble defensa electromagnética, que cualquier intruso haría alterar, provocando la alarma, sí intentase llegar hasta aquí. Así, considero que tanto usted como yo estamos a salvo de todo peligro mientras duran los análisis. Si eso responde a sus dudas, ahora acláreme usted lo demás. ¿Qué conclusiones ha sacado de ese examen?

—¿Se refiere al disco? —lo contempló a la claridad de su mesa de trabajo—. Le diré, señor Barnes. Este metal es una aleación extraña.

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—En el que quiera tomarlo. No es acero, aunque lo parece. No tiene aluminio, pero sí. Un metal similar en ligereza. La aleación es con otro metal durísimo, pero sin relación alguna con el acero. Sinceramente, las pruebas no dan un nombre definido a estos metales ni a su aleación. Yo diría que es algo totalmente desconocido. No existen tampoco precedentes archivados en la memoria del computador. La respuesta de éste ha sido negativa. No tiene referencias previas para definirlo.

—De modo que es un metal nuevo. Y con una nueva aleación.

—Sí, estoy seguro.

—Y la prueba de detección del interior, ¿ha dado resultado?

—Sólo relativo. Puedo asegurarle que no es totalmente macizo. Ni tampoco enteramente hueco. Hay algo en su interior, aunque no lo llena totalmente. Pero es todo lo que puedo decirle.

—¿Tiene resortes exteriores que no sean visibles?

—Lo ignoro. Pero cabe en lo posible. Tal vez algo, un mecanismo complejo, en determinado momento, pueda accionar ese disco aparentemente hermético, y algo ocurra con él, no podría asegurarlo ahora. Sé de este objeto, de sus interioridades y de su utilidad, tanto como pueda saber usted mismo.

—Es decir: que ignoramos cuál es su auténtica significación, el motivo para el que ha sido confeccionado…

—En efecto. No puedo ayudarle en eso. Todos los intentos han resultado inútiles. Su interior es absolutamente hermético. No hay modo de revelar su naturaleza real, lo siento.

—¿Posee algún tipo de radiactividad?

—No, ninguno. De eso sí estoy totalmente seguro. Es inofensivo manipularlo o llevarlo encima. Pero el valor que pueda tener en realidad…, lo desconozco por completo.

—Gracias de todos modos, doctor Talbot —suspiré, recogiendo el misterioso disco plateado—. Me gustaría saber de él mucho más, pero debo aceptar los resultados de su examen, y ver lo que sucede ahora. Estoy seguro de que no va a pasar mucho tiempo sin que algo venga a poner en claro la verdadera naturaleza del objeto… o el afán de sus legítimos dueños por recuperarlo.

Y haciendo un gesto al investigador de la empresa que se había ocupado de trabajar privadamente para mí en este asunto, pese al nefasto precedente del doctor Benson, me ausenté de los laboratorios, tras desconectar la doble red invisible de fuerza electromagnética que nos había aislado de toda posible intrusión durante el examen del disco metálico.

Luego, una vez solo, volví a ocultarlo en el hueco de mi calzado, preguntándome dónde podría esconderlo definitivamente, lo antes posible, ya que presentía la vecindad de otro riesgo, de otra agresión a mi persona, ahora en busca del misterioso objeto, como antes fuese en busca de la carta del sello plateado.

En ese momento, sí me sentía de nuevo algo capacitado para intuir nítidamente el futuro, cuando menos el inmediato.

Y algo en ese futuro no me gustaba. Es más, algo en él, no sabía

el qué…, empezaba a causarme terror.

* * *

Al día siguiente llegó Sue.

Apenas vi su rostro, su expresión, supe que el mal humor, el disgusto, no se le había pasado todavía. Venía realmente furiosa, y en momentos así, Sue era particularmente difícil de manejar, aunque continuase siendo tan bonita como siempre, o tal vez más.

—Quiero saber lo que ocurre, Duncan —fue lo primero que me dijo, rehuyendo mi beso de bienvenida y clavando en mí sus ojos claros y profundos.

—Tendremos tiempo de hablar de ello, ¿no te parece? —traté de divagar.

—No —negó, rotunda—. Creo que cuanto antes sepa en qué clase de lío estás metido, tanto mejor. Imagino que no será uno de faldas…

—¿Faldas? —repetí, sorprendido. Luego me eché a reír, moviendo negativamente la cabeza—. Oh, cielos, no. Claro que no. La cosa no va por ahí, ni mucho menos. ¿Es que has llegado a sentirte celosa?

—Sinceramente… sí —me confesó con sequedad.

Y se irguió, con una altivez agresiva, que hizo resaltar su anatomía, muy en especial aquel punto de ella más generoso y bien dotado, por el que ganara en Europa su título de «Mis Busto 1990».

Yo jamás me cansaba de admirar aquellos senos de Sue. Eran dos maravillas y pese a su desarrollo no resultaban en absoluto deformes o exagerados. Tenían armonía, dentro de su ostensible audacia, de la generosidad exuberante de aquellas glándulas mamarias que el vestido dibujaba con nitidez, arrogantes y seductoras.

Como fascinado, contemplé esos pechos enhiestos y magníficos, comprendiendo perfectamente que con ellos pudiera deslumbrar a toda Europa, al jurado internacional y a América entera. Creo que nunca hubo mujer alguna que tuviera un pecho como el de Sue.

Ella supo lo que estaba contemplando. Irritada, cruzó los brazos sobre la firmeza dura y agresiva de su torso, y enarcó las cejas,

mirándome con enfado.

—Duncan, estoy hablando en serio, ahora —me recordó—. Déjate de pensar tonterías.

—Lo que estaba pensando no es ninguna tontería, Sue —dije, malicioso.

—No van a servirte de nada tus carantoñas. No sin que antes conozca la verdad, y con todo detalle. ¿Por qué suspendiste el viaje a Europa, te encerraste en un domicilio que no es el tuyo y la policía te estaba encubriendo todo ese tiempo, manteniéndote incomunicado?

—Verás… La historia es difícil de creer. Muy difícil, Sue —carraspeé—. Sería mejor dejarlo para otro momento, créeme.

—No —sostuvo ella fríamente—. Será *ahora*. O nunca.

—¿Qué quieres decir?

—Que te pido esa prueba de confianza, Duncan, Tienes que sincerarte conmigo, o nuestra, relación serla un absurdo. Si te niegas, todo habrá terminado. Serás libre de hacer lo que quieras, porque habremos roto definitivamente nuestro compromiso.

—¿Estás decidida a tal cosa?

—Lo estoy. Total y absolutamente decidida.

La miré, pensativo. Sue tenía razón. Sí íbamos a ser marido y mujer, era lógico que ella tuviera que saber lo que a mí me sucedía. Yo no podía tener secretos para ella. Pero esto era diferente. No quería mezclarla en ello. Hacerle saber ciertas cosas podía resultar peligroso.

Si «ellos» volvían, una vez advertida la falta del disco metálico, y yo interiormente estaba convencido de que así sería porque, sin razón alguna para pensar así, estaba, sin embargo, seguro de que ese disco poseía un gran valor para alguien, era mejor que ella lo ignorase todo. Absolutamente todo. O podrían mezclarla en el asunto. No quería que Sue corriera riesgos inútiles. Aunque ello fuese a un alto precio.

Y así lo hice. Estaba decidido a ello.

—Está bien, Sue —suspiré, bajando la cabeza—. Si ésa es tu decisión, nada puedo hacer por oponerme a ella.

—¿Qué… qué quieres decir con eso? —me preguntó, repentinamente perpleja.

—Quizá tengas razón para hacer lo que haces, no lo sé. Pero sea

como sea, querida, yo también tengo las mías pata negarme a revelarte lo, que sucedí. De modo que no puedo oponerme a que me dejes, si ése es realmente tu deseo.

—¿Eso significa… significa que tú… prefieres la ruptura, antes que confesar la verdad de lo que te sucede?

—Sí. Así es, Sue.

—Muy bien —apretó los labios con firmeza. Un relámpago de ira y decepción cruzó sus celestes pupilas. Luego su voz sonó fría, mientras volvía a erguir su torso, desafiante—. Tú sabrás lo que haces. Por mi parte, no voy a volver atrás, Duncan. Hemos terminado ambos. Lo siento. Pero es mejor así. Una vez casados, todo hubiese resultado mucho más difícil.

No dije nada. Comprendía su dolor y su disgusto por aquella decisión. Seguí contemplándola en silencio. Ella respiró con fuerza. Se dispuso a abandonar la estancia.

—Adiós, Duncan —me dijo fríamente.

—Adiós, Sue —fue mi respuesta—. Aún estás a tiempo de…

No esperó a escucharme. Se ausentó, dejándome solo. Me dejé caer en un asiento, desolado. Por culpa de todo aquel maldito cúmulo de acontecimientos de los que era protagonista contra mi voluntad, había perdido ahora mismo a mi prometida. Sue salía de mi vida, quizá definitivamente.

Hubiera sido fácil evitarlo. Estaba en mi mano hacerlo. Y no quise. Era preferible esto, con ser muy duro. Nunca me perdonaría que a ella le sucediese nada, por culpa mía.

Permanecí pensativo largo rato. Maldije la carta del futuro y a aquella desconocida mujer que pidiera auxilio desde otro lugar en el Tiempo. Por culpa de todo eso, estaba yo teniendo problemas de todo tipo. Empezaba a estar harto de vivir en aquella zozobra constante, sintiéndome vigilado, espiado desde algún lugar situado lejos de mi alcance, como si los ojos vigilantes de mis enemigos se hallaran apostados en otra Dimensión.

De pronto, me erguí con sobresalto.

Estaba seguro de ello. Era absurdo, pero lo había captado, No fue una voz. Ni siquiera un sonido. No eran palabras moduladas por nadie. La estancia seguía en silencio.

Y sin embargo, aquella frase había llegado nítida a mi mente:

—*El disco. Guárdalo cuidadosamente*.

Sacudí la cabeza, Miré en derredor. No, no había nadie allí. Yo estaba solo. Nadie había hablado. Por tanto, fue mi imaginación, Había creído oír una voz, había creído captar palabras. Pura alucinación.

—No. *No es alucinación, Duncan Barnes. Tienes el disco, lo sé. Cuida de él.*

Ahora ya no cabía duda alguna. Yo había oído esa voz. Era de mujer.

Y las palabras, muy nítidas y precisas, retumbaban todavía bajo mi cráneo. No podía ser una ilusión o una fantasía. Pero seguía estando solo, sin nadie a mi alrededor.

Y las palabras respondían siempre a mis pensamientos, como si yo hablase en voz alta: *—Estás solo, Barnes. Pero no te engañan tus pensamientos. Escuchas mi voz*.

—¿Quién eres? —rugí, ahora ya en voz alta, mirando a todas partes, al vacío en torno mío—. ¿Dónde estás?

La respuesta llegó:

—No necesitas hablar. No eleves la voz. «Ellos» pueden oírte, es mejor usar la mente. El pensamiento. Hablemos así, Barnes.

¡El pensamiento!

Ahora lo entendía. No hacían falta las palabras ni sonidos. La voz era innecesaria. Me estaban hablando de mente a mente. Con pensamientos.

Telepatía.

Telepatía…, ¿desde el Futuro, tal vez? La idea me sobrecogió.

Y la respuesta, más aún:

—Sí, Barnes. Es así, Te hablo mentalmente desde tu futuro, que es mi presente. Soy Zyra. Zyra Zarko, la mujer que te envió la carta. Sé que tienes un disco. No dejes que te lo arrebaten. Es tu mejor arma. Y la mía.

Sentí un escalofrío. Era aterrador. Mentalmente, a través de ondas cerebrales, estaba estableciendo una mujer de cuatrocientos años más tarde, contacto telepático conmigo, estaba dialogando a través del Espacio y del Tiempo. Zyra Zarko, la mujer de la carta del sello plateado. La mujer que pidió socorro…

—¿Cómo sabías que yo existo? —concentré mis pensamientos en frases, en términos e ideas muy concretos—. ¿Qué puedo hacer por

ti? ¿Cómo usar ese disco de alguna forma?

Y corroborando mis impresiones, mi cerebro recibía esas ondas mentales desde alguna parte, en forma de perfectas frases, de pensamientos rotundos y claros, que me maravillaban:

—Te lo explicaré algún día. Sé que nos encontraremos los dos. Es nuestro destino. Tienes que salvarme. Y salvar al mundo quizá. Ese disco es de gran valor. Pero no lo lleves encima. Lo encontrarían. Busca un perfecto escondrijo. Donde nadie dé con él. Y recuerda que podemos leer la mente, controlar el cerebro humano. Recuérdalo. Yo sé que tú puedes hacer algo. Ahora, adiós, Barnes.

—¡No, Zyra, espera! —clamó mi mente—. Todavía tienes que revelarme cosas…

—Es tarde. Dispongo de poco tiempo. Se agota mi energía… Volveremos a comunicar, no lo dudes. Pero cuida ese disco. Y controla tu mente…

Sus pensamientos, como la voz de una persona que agoniza, se fueron debilitando hasta extinguirse totalmente. Un momento después, mi mente ya no captaba nada.

Pero ahora, yo sabía que Zyra existía en alguna parte. Que el disco era vital. Y que parecía haber algo fatalista que ella sabía que terminaría por unirnos, por encima de siglos de separación.

También sabía que «ellos» podían influir en la mente humana, controlarla a su antojo. Zyra había dicho que yo podía hacer algo por evitar ese control.

Recordé mis tiempos Infantiles, de vidente y de hipnotizador, en el espectáculo de mi padre. Recordé también a un viejo amigo de la infancia, otro artista que a veces trabajaba, con nosotros, El Gran Magnus.

Ni siquiera sé cómo llegué a pensar tan nítidamente en él en estos momentos. Era como si las ideas se clarificasen dentro de mí por momentos.

Y tomé una decisión.

Irla a ver al Gran Magnus, el viejo artista de variedades, colega de mi padre, si es que aún vivía…

* * *

Vivía. Era un anciano vacilante y achacoso, pero vivía.

En una vieja pensión cercana al río, encontré con ciertas dificultades su domicilio actual. Vivía ya retirado, evocando sus viejos tiempos de artista, rodeado de afiches de teatro, fotografías amarillentas, viejos baúles con sus trucos y todo cuanto le acompañaba en sus actuaciones, sin olvidar a los animales disecados.

Por entonces también trabajaba con él un hermoso gato negro al que yo había acariciado infinidad de veces. Aún seguía allí el gato. Lo reconocí enseguida. Sólo que ahora, también estaba disecado, y sus ojos amarillos, de vidrio, no podían hacerme olvidar los suyos, tan astutos y maliciosos. Eran demasiados años los transcurridos. El viejo artista estaba más viejo todavía. Y sus animales queridos habían pasado a la galería de figuras decorativas, tal vez para mantener un poco más vivos sus recuerdos.

—Mi joven amigo Barnes… —dijo con entusiasmo abrazándome, tras identificarme dificultosamente con sus ojos apagados—. Claro que te recuerdo, muchacho… Nunca olvidaré a tu padre ni a nuestra vieja amistad. Me alegra ver que tú elegiste otros caminos y ahora eres un hombre de posición social muy diferente…

—Sigo siendo el mismo que usted conoció —le sonreí afectuosamente. Luego acaricié el lomo del viejo gato ya difunto, con un tierno recuerdo a sus felinas travesuras—. Las personas no cambian, mi viejo amigo. Es lo que nos rodea, lo que llega a cambiar.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —me preguntó, una vez aposentados ambos en su indescriptible habitación de la vieja pensión junto al río.

Se lo expliqué. Total y detalladamente, sin ocultarle nada en absoluto. Pensando que me tomaría por loco o por visionario.

Sin embargo, me escuchó muy atentamente, mirándome con aquellos ojillos turbios que la edad había ido dejando sin apenas brillo, pero aún penetrantes y agudos. Y en ningún momento hizo gesto alguno de incredulidad o asombro.

Una vez terminada la historia, se quedó pensativo, silencioso. Sus manos entrelazadas sobre el abdomen, hacían juguetear unos dedos con otros, mecánicamente.

—Me cree, ¿verdad? —susurré, inquieto.

—Claro, hijo —asintió cachazudamente—. Nadie se inventaría una cosa así. No tendría sentido. Y menos aún que vinieras a burlarte de un viejo amigo. Sé que has dicho la verdad.

Así era el viejo Magnus. Intuía las cosas, como mi padre. En cierto modo, se parecía a él. Yo no podía dejar de pensar que, caso de haber vivido mi padre, era esta clase de vida y no la que yo pudiera ofrecerle, la que le hubiera hecho feliz.

—Gracias —suspiré—. Me da un gran alivio.

—Y supongo que vienes en busca de ayuda —sonrió.

Asentí.

—Sí —dije—. Así es. Necesito esa ayuda. Empiezo a tener miedo.

—Es muy comprensible —sonrió más ampliamente—. Hasta los héroes tienen miedo. Pero no te alarmes demasiado. Creo que puedo ayudarte.

—¿Está seguro? —le miré, esperanzado.

—Sí —resopló, irguiéndose en el crujiente asiento—. Tienes que evitar que nadie controle tu mente a su gusto y haga de ti un pelele. Tienes que esconder ese disco donde nadie lo encuentre, y tienes que esperar acontecimientos, para ver si es cierto que esa mujer, Zyra, te dijo la verdad y estáis predestinados a encontraros.

—Todo eso es lo que necesito hacer. Y no es nada fácil.

—Intentaremos que lo sea. Me has hablado también de tu prometida, de vuestra ruptura… Pero eso no la mantiene al margen, ni mucho menos.

—¿Qué quiere decir? —me alarmé.

—Que ellos, si exploran, a través del Tiempo, *saben* de su existencia y de tu interés en mantenerla apartada de todo esto. Intentarán usarla también como un arma persuasiva, para derrotarte. Y no vacilarán en matarla, si es preciso a sus planes.

—Dios mío… —gemí.

—Escucha —me contuvo con serenidad, alzando una mano—. Te voy a ayudar. Desde ahora mismo. Y que Dios nos ayude a ambos, muchacho. Escucha. Es esto lo que vamos a hacer…

Le escuché atentamente. Asentí repetidas veces. El Gran Magnus no usó lenguaje alguno conocido para exponerme sus ideas. Recurrió a una serie de códigos y trucos verbales que usábamos antiguamente en las actividades teatrales cuando era preciso

comunicarse en clave, en determinadas representaciones con truco.

Yo le entendía bien. Quería evitar que, si éramos espiados, el lenguaje pudiera ser fácilmente interpretado por nadie. Fue como vivir de nuevo la infancia y memorizar las viejas triquiñuelas de la escena.

Pero al terminar mi viejo amigo, comprendí que era el único medio de intentar burlar al enemigo fantasma que llegaba de otro lugar en el Tiempo.

—Sí —le dije—. Estoy dispuesto. Adelante. Lo haremos tal como dice…

Él sonrió beatíficamente, feliz por gozar de mi confianza. Y comenzó su tarea conmigo.

Luego, yo tenía que llevar a cabo otra tarea en otra persona. Pero estaba dispuesto a hacerlo.

Y lo hice.

Todo se realizó como él quería. Sin olvidar detalle. Y en el mínimo de tiempo posible. Para ello, fue preciso recurrir a un cirujano, amigo de Magnus, que se prestó al plan, sin hacer preguntas. Tal vez no era la primera ocasión en que hacía algo extraño y secreto por su amigo Magnus. No preguntaba nada. Se limitó a hacer lo que le pedía.

Cuando al día siguiente fui a ver de nuevo a Magnus para despedirme de él, entregué a su patrona una suma de dinero que aseguraba de por vida el alojamiento en aquel lugar al bueno y viejo amigo. Él no hubiera aceptado gratificaciones ni recompensas. Pero ahora, la patrona no le exigiría nunca el pago puntual del alquiler, ni le reduciría la ración de alimentos a fin de mes. Disponía de una suma que, a modo de pensión vitalicia, le permitiría cuidar de su huésped con toda la atención precisa. Eso, cuando menos, me tranquilizaba. Era todo lo que yo podía hacer por él.

Ahora me sentía más tranquilo, más dueño de mí mismo que nunca.

Pronto se puso a prueba esa seguridad. Justamente el mismo día, cuando regresé a mi casa.

Apenas entré en ella, aparecieron los hombres.

Vestían de modo diferente a los intrusos de aquella noche. Llevaban amplias capas negras y vestían trajes metálicos, de una

tonalidad de bronce. Una especie de pantallas metálicas cubrían sus rostros, como las máscaras kendo de los japoneses. Tras ellas, se adivinaba más que se descubría, el brillo maligno de unos ojos penetrantes.

Me encañonaron con sus armas, rodeándome. Y uno de ellos, con metálica voz que surgía de detrás de la máscara enrejada, me apremió:

—Pronto, Barnes. Ese disco. Devuélvelo…, o pagarás con tu vida.

5

—¿De qué hablan? No sé nada de ningún disco —fue mi protesta airada.

Ellos se limitaron a contemplarme de cerca, sin demostrar agresividad alguna. Pero era peor ver aquella frialdad mecánica de su actitud.

—No puedes ganar nada negando. Sabemos que lo tienes. Está en tu poder. Entrégalo. Y quedarás libre y a salvo. Nunca más volverás a vernos. Ni a nosotros, ni a nadie. En todo este asunto hubo un serio error y un delito grave. Pero son cosas que a ti no te afectan. En cuanto entregues el disco, te olvidaremos para siempre.

—Están en un error —insistí—. Yo no tengo disco alguno. Ya vinieron antes otros tíos, para robarme una carta. Y otros mataron a un buen amigo mío, que analizaba esa carta… ¿Por qué me importunan con todo esto? No sé nada ni tengo nada…

—Esa carta fue un error tremendo de alguien —silabeó la voz metálica—. Pero va a pagarlo un alto precio. No se puede quebrantar la ley. Y nuestra ley obliga a todos los seres de nuestra época a no cruzar la barrera del Tiempo, bajo pena de muerte horrible. Una mujer faltó a esa ley, y va a morir. No puedes salvarla. Ni tú, ni nadie. Cuando nos vayamos de aquí, habremos borrado de tu memoria todo lo relativo a esa carta, Barnes. Y no volverás a tener problemas. Pero para ello necesitas entregar el disco. Sabemos que lo tienes. No puedes negarte a entregarlo. Sería espantoso para ti.

—Si realmente lo tuviera y no quisiese devolverlo, ¿qué me sucedería? —les desafié abiertamente.

—Vale más que lo ignores —la mirada cruel, bajo la pantalla metálica, se mantenía fija en mí, helada e implacable. Las altas figuras negras eran impresionantes al rodearme tan de cerca—. Créeme, no es hermoso que te obliguemos a seguirnos… y una vez

en nuestro Tiempo, pagues tu delito con tu vida…, y con algo más.

—Yo pertenezco a este mundo. Esta es mi época. No tienen derecho a llevarme con ustedes a ninguna parte —me alarmé.

—Eso no sería un castigo. Nuestra época es hermosa y perfecta. Lo peor es lo que te estaría reservado una vez allí.

—No puedo decirles nada. Hagan conmigo lo que quieran. No tengo disco alguno.

—Muy bien —sonó la dura voz metálica—. Tú lo has querido, Barnes. Apuraré los medios. No quiero dañarte… todavía. Vas a ser sugestionado, hipnotizado. Y nos revelarás todo. Nadie se resiste a nuestro poder mental. ¡Graak!

—Sí, mi señor —sonó otra voz metálica, tras la pantalla negra de otro de los intrusos.

—Actúa —le ordenaron—. Quiero la verdad. El escondrijo real del disco.

—Enseguida —afirmó Graak.

Se situó ante mí. Me miró. Intenté eludir aquel destello repentino tras su oscura pantalla metálica, pero no me fue posible. Me sentí apresado, captado en una luz intensa que brotaba de sus ojos, fosforescente, llegando hasta los míos y pareciendo quemar mis retinas y penetrar hasta el fondo de mi mente.

Me mantuve rígido, sereno, dueño de mí. Notaba una rara impresión mental, algo así como un torbellino de ideas, de órdenes concretas, de frías amenazas, de exigencias inexorables que martilleaban mis centros nerviosos.

Lo soporté. No sé cómo, pero lo soporté.

Al final, tras una serie de intentos que lograban hacerme vacilar, sintiendo incluso dolor en mi masa encefálica, el llamado Graak resopló, volviéndose a su jefe.

—Imposible, Orvan, mi señor —dijo roncamente la voz de metal —. No cede.

—¿Qué? —rugió la voz del poderoso personaje llamado Orvan —. ¡Eso no puede ser!

—El cerebro de este hombre posee algo raro, especial —explicó mi fallido hipnotizador—. Se resiste. Está como bloqueado. No acata órdenes.

—Vaya… —furioso, Orvan se volvió hacia mí. El jefe de los oscuros cabellos del Futuro era un gigante airado cuando sus

pupilas centelleantes, aceradas, se clavaron en mí. ¿De modo que es eso? ¿Un superdotado? ¿Una mente rebelde? Bien, Barnes. Lo siento por ti. Eso firma tu sentencia definitiva. A nuestro Sistema no va a gustarle el tropezarse con un rebelde. Vas a venir con nosotros.

—No —rechacé, dando un paso atrás—. No me llevaréis a ninguna parte. No me dejaré secuestrar…

—No serás tú sólo quien vengas —rió la voz metálica de Orvan —. Sé que tienes un punto débil, como todos los hombres. Tu mente puede ser rebelde a muchas cosas, pero no lo será al dolor sentimental… Sue Conway vendrá con nosotros, contigo.

—¡No! —me horrorice, sintiendo que se erizaban mis cábelos—. ¡Ella no, malditos cobardes!

—Lo siento. Cumplo órdenes. Está decidido. Nada ni nadie lo impedirá. Otros enviados unos cumplen ya mis órdenes telepáticas y tienen en estos momentos a tu prometida en su poder. Sue Conway inicia ya su viaje al Futuro… como tú mismo vas a hacerlo ahora, a menos que me reveles el lugar donde está el disco…

—¡Llevadme a mí, sucios fantoches! —rugí—. ¡Pero dejad a Sue, dejadla a ella en paz, cerdos…!

Y me precipité sobre ellos, rabiosamente en un vano afán de luchar, de defender a Sue, por encima de todo.

Era una estupidez, pero lo hice. No podía resultar bien. Estaba enfrentado a seres muy superiores a mí. Y pronto lo comprobé en mi propia carne.

Orvan se limitó a alzar sus brazos, largos y poderosos. Dos férreos guantes negros, de un tejido metálico, se estrellaron en mi rostro brutalmente. Sentí que todo daba vueltas en torno mío. El llamado Graak Mego por el flanco y estrelló su puno negro de metal en mi hígado. Me derrumbé, empezando a sumirme en la inconsciencia total.

Antes de perder la noción de las cosas, lo único que pude captar fue el sonido de una voz metálica, autoritaria que sonaba muy lejana:

—Así será mejor. Le llevaremos sin problemas. Cargad, con él. Nos vamos ya…

Me hundí en las tinieblas de la inconsciencia. Pero supe, con horror, que comenzaba, para mí y para Sue el más alucinante y terrible viaje imaginable. Un viaje del que, tal vez, jamás

volveríamos ninguno de los dos.

Un viaje a lo imposible.

Un viaje al futuro. A cuatro siglos de distancia, allá donde Sue, yo y nuestro tiempo, ya sólo serían historia, recuerdo, cenizas de un remoto pasado…

Segunda Parte
MAÑANA

1

Era una luz fría.

Fría y cruda, invadiéndolo todo. No llegaba de ninguna parte concreta. Sí de todos los sitios. Suelo, techo, muros… Todo luminoso. Todo frío, desnudo, aséptico y deshumanizado.

Así era el lugar donde volví a la vida, a la consciencia, a ser yo mismo de nuevo.

Atrás quedaba algo confuso, borroso en mi mente. Era como un recuerdo indefinido, de luminarias en danza, de cúmulos estelares en movimiento, de galaxias en rotación, de una inmensa e infinita oscuridad, de unos caminos sin senda, de unas rutas sin destino, sin principio ni final.

Era como la sensación del salto en el vacío. Un vacío tremendo e insondable, el Gran Vacío terrible de lo Desconocido. El deslizarse a otra dimensión, tal vez la distorsión física y psíquica del ser que cruza el Espacio y el Tiempo.

Y ahora, estaba allí. ¿Dónde? ¿*Cuándo*?

Mecánicamente, por un movimiento reflejo, miré mi reloj de pulsera. Los dígitos electrónicos no me dijeron nada. Eran las diez y algunos minutos de un miércoles, día 15. Las diez ¿de qué? El miércoles 15 de un mes cualquiera ¿de qué año, de qué siglo?

Eran interrogantes que nadie iba a responderme, porque estaba solo. Miré en derredor mío, tratando de orientarme de alguna forma. Era imposible. Los muros de luz y el suelo luminoso, nada decían. Sobre mi cabeza, el techo, también luminoso, era tan hermético y frío como el resto del cubículo donde me hallaba.

No vi puertas ni ventanas. Nada que diese al exterior. Como vivir metido en una caja hermética, en una figura geométrica.

El aire era limpio, respirable; la temperatura, normal. El silencio, absoluto. Solamente percibía el sonido de mis zapatos en el suelo resplandeciente, que parecía ser de una materia similar a la

fibra de vidrio.

Di unos pasos, como un tigre enjaulado. Tuve la desagradable impresión de que era como un animal en la jaula del zoo, o un espécimen raro, moviéndome bajo el microscopio de un investigador.

No me gustó la idea. Pero me hizo reflexionar sobre algo. Era más que una impresión, sin duda. Había captado de un cierto modo que me vigilaban. Alguien me estaba espiando en esos momentos, no sabía cómo.

Irritado, me volví a los muros que me circundaban. A ninguno en particular. Y grité, airado:

—¡Ya basta! No soy un bicho raro. ¿Qué se proponen vigilándome? Puedo sentir sus ojos fijos en mí. Y eso no me gusta. Si piensan asesinarme, háganlo ya, pero no me estudien como a un gusano.

No ocurrió nada de momento. Pero un instante después, se alteró la luz en uno de los muros. Se hizo azulada. Y se silueteó algo. Una enorme faz humana, cubriendo casi la totalidad del panel. En color completamente natural.

Era una gigantesca pantalla de televisión incrustada en el muro, no tardé en comprenderlo. El rostro que me examinaba era frio e inescrutable. Me recordó a los primeros intrusos, los que me quitaron la carta de Zyra y olvidaron en el suelo su misterioso disco de metal.

—No se irrite, Duncan Barnes —me dijo una voz que pareció brotar simultáneamente de todas las paredes—. Nadie le espía. Sencillamente, estudiamos su personalidad. Es usted un personaje notable, lo confieso.

—Váyase al diablo —gruñí—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Xan. Bien venido a nuestra época, Barnes.

—¿Época? ¿Estoy, realmente, en otra época que no es la mía?

—Usted parece saberlo muy bien. Así es.

—¿Qué época?

—Creo que también lo sabe… o lo imagina. Está en el año dos mil trescientos noventa.

—Maldita sea… —rugí—. No tenían derecho a hacer esto conmigo…

—Usted tampoco tenía derecho a quedarse con algo que no era

suyo —objetó Xan amablemente con una fría sonrisa.

—¿Vuelven a eso? Yo no tengo el disco. Lo pueden comprobar fácilmente…

—Lo hemos comprobado. No lo tiene encima. Se le registró minuciosamente. Pero, sin duda, sabe dónde está. Hemos estudiado su mente en nuestro neurovisor. Hay una zona de su memoria bloqueada. Por alguna razón, su cerebro se niega a dar información y rechaza sistemáticamente toda droga de la verdad a todo detector de pensamientos. La telepatía tampoco es válida. Usted, amigo, es un ser notable, ya sé lo dije antes. Se resiste demasiado a nuestros deseos.

—¿No les gusta que alguien se rebele contra sus métodos? —dije, sarcástico.

—No. No nos gusta —afirmó, apacible—. Pero yo no soy el importante. Tiene que decir la verdad al Gran Karwaz.

—¿El Gran Karwaz? ¿Quién es ése?

—Nuestro supremo jefe. El presidente del Estado Mundial.

—Mundial… —repetí, absorto—. ¿Han llegado a eso? ¿A un solo estado en la Tierra?

—Exacto. Ya no hay guerras. Es un solo país: el mundo. Un solo Gobierno: el nuestro. Un solo presidente: el Gran Karwaz. Está usted en un mundo perfecto.

—No lo será tanto, cuando alguien pide ayuda a otra época.

—Oh, ¿se refiere a Zyra Zarko? Ella es una rebelde contra el Sistema. Va a pagar cara su carta escrita absurdamente a una época del pasado.

—Supongo que la asesinarán, alegando una ejecución legal, ¿no?

—Supone mal. La pena de muerte está abolida en nuestro mundo actual.

—¿Entonces…?

—Existen otros castigos peores que la muerte, El ser humano, al morir, deja de sufrir por completo. La ley debe ser más dura con quien delinque. Ya lo irá averiguando por sí mismo.

—¿Piensan condenarme a mí también?

—Si no devuelve ese disco…, sí. Es la ley.

—Será su ley, no la nuestra. Yo no pertenezco a su hermosa época perfecta, Xan.

—Pero posee algo que sí pertenece a nuestro mundo: el disco de

metal. Devuélvalo, y todo esto dejará incluso de ser recordado por usted. Niéguese a ello, y usted y su prometida lo pasarán mal.

—¡Sue! —Recordé con súbita crudeza, que ella también peligraba. Miré con ira el gran rostro de la pantalla mural—. ¿Dónde está ella ahora?

—Aquí —suspiró mi Interlocutor.

Y su faz se borró del gran visor, para ser sustituida por la imagen de Sue.

La contemplé, con un escalofrío. No vi solamente su faz, sino su cuerpo entero. Estaba en una cámara semejante a la mía, y llevaba rasgada su falda y su blusa, tal vez por haber luchado contra sus captores, allá en nuestro tiempo.

—¡Sue! —grité—. ¡Sue, querida…! ¿Cómo podrás perdonarme todo esto?

Ella miró hacia mí. Evidentemente, yo también era visible para ella. Se aproximó. En aquella gigantesca pantalla en color, estereoscópica, sus bellos y exuberantes pechos aún se mostraban más gigantescos y hermosos, como emergiendo del muro luminoso. Estaba pálida, pero sorprendentemente serena. No leí reproche ni ira en su gesto. Incluso me sonrió.

—Duncan… —musitó—. Ahora lo sé todo. ¿Por qué me lo ocultaste?

—Tenía que hacerlo. Nunca me hubieses creído…

—Es mejor así. Ahora te comprendo. Y quisiera ayudarte…

—Sue, soy yo quien está obligado a ayudarte. Estás en este trance porque todo es culpa mía. No debí ser tan obstinado…

—Duncan, ahora es tarde para lamentarse. Tus motivos tendrás para hacer lo que hiciste —su mirada fue cálida y dulce—. Te ruego que no te tortures más. Si ha de ocurrirnos algo, no puedes evitarlo torturándote.

—Te quiero, Sue. Intentaré que no te hagan daño alguno…

—Lo sé, Duncan. Pero de todos modos, recuerda que nada me importa, sí sé que tú me quieres… y que no hay otra mujer por medio.

—La hay, Sue, pero ni siquiera la conozco. Una mujer me escribió desde el futuro… Quiero decir, desde esta época… y ahí comenzó todo.

—También sé eso. Ellos mismos lo han referido. Esperan que les

des algo que posees y que les pertenece. Si tiene algún valor para alguien, no se lo entregues, debe ser muy importante cuando nos han traído a su época para obtenerlo…

La imagen de Sue se borró. Apoyé con ira mis manos en el muro luminoso, intentado retenerla aún allí. No apareció nadie más. Solamente la luz de antes.

Irritado, paseé por la estancia. No quería pensar en el disco, porque sabía que ellos, con su poder mental o con instrumentos capaces de leer el pensamiento, podían saber lo que yo pensaba y descubrir mi secreto. Pero tampoco podía permitir que Sue corriese peligro. Antes de eso, tendría que ceder. La noticia de que allí no existía ya la pena capital, lejos de tranquilizarme lograba preocuparme más aún. ¿Qué nuevo y siniestro método de represión hablan inventado los gobernantes del mundo, en el siglo XXIV, si su época era todo lo tiránica, deshumanizada y cruel que yo me imaginaba?

Lo cierto es que estaba ahora allí, en lo que ellos llamaban un mundo perfecto, de un solo Gobierno y un solo país. Esa perfección me daba mala espina1. Tal vez bajo la misma, existiera un mundo diabólico y alucinante, como el de Orwell o el de Bradbury.

Inesperadamente, cosa de una hora más tarde, un panel se abrió silenciosamente, apareciendo-una salida en el que antes parecía ser un muro hermético.

—Salga —me invitó un hombre de larga capa y rostro cubierto por la pantalla metálica, tal y como viera anteriormente a Orvan y su gente, cuando fui raptado de mi propia época.

—¿Adónde me llevan? —traté de mostrarme sarcástico—. ¿A la cámara de torturas?

—No sea necio —me replicó la voz metálica—. Es un invitado especial. Nadie va a hacerle daño… todavía. Sígame y no intente ninguna locura. Estaría condenada al fracaso. Y empeoraría su situación y la de su novia.

No dije nada. Seguí al personaje alto y enlutado. Un largo corredor, también luminoso, me condujo con mi acompañante hasta una especie de tubo cristalino, que no era sino un ascensor. Me introduje allí con él. El tubo se disparó hacia lo alto como un proyectil, y sentí que mi estómago se encaramaba a mi garganta, pero eso fue todo.

Maravillado, descubrí entonces el mundo nuevo y fantástico que me rodeaba. El mundo del siglo XXIV.

Edificios altísimos y afilados, formas geométricas de arquitectura, materiales cristalinos de construcción, y abajo, muy abajo, avenidas y plazas también geométricamente perfectas, dotadas de jardines y zonas verdes bajo pantallas de energía solar acumulada. Vehículos aéreos y trenes colgantes del vacío, circulaban por doquier. Un cielo límpido y despejado lo envolvía todo.

Era una ciudad prodigiosamente bella, pero fría y lineal a la vez, acaso por el exceso de geometría en sus estructuras. Allí no se respiraba ninguna humanidad en absoluto.

—¿Adónde me llevan? —indagué, al ver que la torre cristalina por la que subíamos se elevaba cientos de pies sobre los demás desniveles urbanos, a mareante altura.

—Estamos en la Torre del Gobierno —me informó fríamente la voz, bajo la máscara de metal—. Vamos al Nivel Superior. A presidencia.

No pregunté más. Realmente, parecían considerarme muy importante, cuando me llevaban a presencia de algún elevado cargo del Gobierno mundial. Pero ese dudoso honor no hacía aparecer las cosas más favorables. Por el contrario, quizá las empeoraba aún más.

Momentos más tarde, el ascensor nos depositaba en el último piso de la interminable torre. El hombre de la pantalla metálica me condujo por otro corredor, de una luminosidad dorada, hasta una amplia puerta que se deslizó silenciosamente ante nosotros, dejándonos paso franco.

Entramos en una amplia cámara. Frente a mí, al fondo de la sala, un enorme, gigantesco computador, emitía destellos, parpadeos y zumbidos incansablemente. Ante él, de espaldas a mí, las manos cruzadas atrás, un hombre permanecía quieto. Vestía un uniforme plateado, con blancos correajes.

—Señor, el huésped está aquí —dijo con respetuoso tono mi acompañante.

—Está bien —dijo la voz del hombre, sin que éste se volviese—. Hágale entrar y déjeme solo con él.

—Sí, señor —habló con igual respeto el guardián, inclinándose

ceremonioso, antes de desaparecer.

Me quedé a solas con el desconocido del uniforme plateado. La puerta, a mis espaldas, se cerró silenciosamente. Me volví, con la desagradable impresión de que las propias puertas del infierno se cerraban tras de mí. Sin embargo, no había nada amenazador en aquel hombre ni en la gran computadora.

—¿Sorprendido, Barnes? —preguntó el hombre, siempre dándome la espalda.

—Sí —admití—. Un poco. ¿Quién es usted?

—Karwaz —dijo con sencillez.

—¡Karwaz! ¿El Gran Karwaz, el presidente del Gobierno mundial? —murmuré.

—El mismo. ¿Le extraña?

—Claro. No me creí tan importante.

—Pues lo es. Lo es para alguien… hasta el punto de haber motivado un mensaje en demanda de ayuda, a través de cuatrocientos años de distancia —dijo con cierta sequedad. Su voz, sin saber por qué, me resultó familiar, aunque eso fuese totalmente imposible—. ¿Cree que Zyra Zarko hubiese pedido auxilio a cualquiera?

—Pues… no sé —confesé—. ¿Es que yo no soy cualquiera?

—No, Barnes. Usted no es cualquiera. Usted es un peligro para todos nosotros. Zyra supo a quién dirigirse. Posee dotes extrasensoriales. Estableció contacto psíquico con un hombre determinado, que vivió cuatrocientos años antes que ella. Y trató de hacerle venir aquí. En parte lo ha conseguido. Usted está aquí ahora. En el año dos mil trescientos noventa… Fantástico, ¿verdad?

—Sí, lo es —admití—; pero ¿por qué precisamente yo?

—Porque ella le eligió. Esa carta era un error. Lo subsanamos ya. Y uno de nuestros hombres, en su precipitación, cometió otro error que aún no ha podido ser subsanado. Usted se quedó con un disco de metal de gran valor. Lo necesito. Tiene que devolverlo. Parecía tarea fácil, pero usted ha resultado ser muy astuto, y ha bloqueado su mente, mediante algún método hipnótico, aislando parte de ella de toda posible acción ajena. Sí, es usted muy listo. Y muy peligroso, por tanto.

—Creo que me valora en mucho más de lo que soy —suspiré—. Aunque tuviese ese disco, cosa que no he admitido, ¿de qué me

serviría?

—De mucho. Pero es mejor que ignore aún su utilidad. ¿Sabe por qué le he hecho venir aquí?

—No, no puedo saberlo. Supongo que para tratar de convencerme de que obre como usted desea.

—Pocas, muy pocas personas, tienen el privilegio de ser recibidas por mí. Usted es una de ellas. ¿Y sabe por qué?

—Ya le dije que no.

—Lo va a saber enseguida —se volvió bruscamente y me miró cara a cara—. ¿Se da exacta cuenta ahora, Duncan Barnes?

Me quedé petrificado, contemplando al hombre que regía, en el siglo XXIV, los destinos del mundo entero.

Porque el Gran Karwaz, presidente del Gobierno Mundial…, era mi propio reflejo. Mi doble exacto.

Él y yo éramos exactamente iguales. Como dos gotas de agua.

2

—No es posible…

—¿Se da cuenta ahora? —sonrió. Y era mi misma sonrisa la que vi en aquel rostro que era el mío. Ahora entendí por qué su voz me era familiar. Era mi propia voz también—. ¿Asombrado, Barnes?

—Cielos, por supuesto —gemí—. ¿Cómo es posible…?

—Teóricamente, no es necesario que pasen cuatro siglos para que dos seres humanos sean exactamente iguales entre sí. Aun en una misma época puede ocurrir eso, sin que ello signifique un prodigio. Lo cierto es que somos idénticos, ya lo ve. Nadie notaría la diferencia entre usted y yo, si decidiera suplantarme un día. Y eso es lo que pretende Zyra Zarko: terminar conmigo. Poner en mi lugar a un hombre capaz de engañar a todo el mundo. Aparentemente, todo seguirá igual. Y nadie sabría que Karwaz ha sido derrocado.

—Empiezo a entender…

—No, no lo entiende. Detrás de Zyra y de su ingenioso y audaz proyecto, está un rebelde, Tzan Kowe, que dirige el complot desde la sombra. Él, aprovechando los poderes extrasensoriales de Zyra, la hizo buscar un hombre idéntico a mí, se hallara donde se hallase, para atraerlo a esta época y suplirme por él en la primera ocasión posible. Sólo que su golpe falló. Lo descubrimos a tiempo, y fuimos a recuperar esa carta y a impedir que usted pudiera venir aquí.

—¿Cómo lo conseguirla yo? No sé viajar en el Tiempo, a menos que sus esbirros me secuestren, Karwaz —le recordé, sarcástico.

—Zyra se hubiera ocupado de eso por sus propios medios. Es capaz de ello.

—Vaya… No iba a ser el juguete que ustedes manejasen. ¿Cree que me hubiera gustado renunciar a mi propia época y venirme a vivir aquí, con una falsa personalidad?

—No sé si le hubiera gustado o no. Lo que sé es que nunca ya será posible esa conspiración, porque todo ha quedado al

descubierto, por desgracia para Zyra Zarko y sus compinches.

—Y supongo que ahora recibirán su castigo…

—Supone bien. Todo el que se enfrente a mí, recibe su castigo, Barnes.

—Me han dicho que aquí no existe la pena capital…

—No ejecutamos a los prisioneros, ciertamente, sea cual fuere su delito. Pero hay un castigo mucho peor que la ejecución.

—Sí, eso me lo imagino fácilmente. ¿Qué castigo es ése?

—Mutación.

—¿Qué? —pestañeé.

—La mutación biológica. Se efectúa en nuestros centros de experimentación.

—Me suena a algo horrible… —me estremecí.

—Lo es —sonrió mi perfecto doble—. A los condenados se les injertan determinados tejidos y células vivas. Pertenecen a otra clase de seres, casi siempre animales. El ser humano sometido a ese tratamiento, paulatinamente va transformándose en una mezcla de animal y persona, que se estudia cuidadosamente en unos recintos de nuestras granjas, para el avance biológico y la evolución genética de las especies. El condenado vive, piensa y siente normalmente, y aunque termina predominando en él la parte puramente animal, su cerebro sigue siendo humano, y así se le mantiene hasta su muerte natural, que suele prolongarse bastante…

—Es… es demoníaco —gemí, palideciendo—. Monstruoso, Karwaz. Los seres capaces de idear algo así, son peor que alimañas. Me da usted náuseas.

—Me tiene sin cuidado lo que piense —sonrió fríamente Karwaz —. Ahora ya conoce nuestros métodos. La nuestra es una sociedad virtualmente perfecta. Se han erradicado todas las enfermedades, no hay apenas muertes en nuestro movimiento demográfico, y por eso se controla rígidamente la natalidad. Las personas mueren de viejas, virtualmente agotadas, gastadas, pero sanas. Nuestra Sanidad es portentosa. Como verá, no todo es malo en nuestros métodos.

—¿Y qué importa disfrutar una larga vida con salud física, si la salud mental está controlada? Ustedes son una sociedad de telepatas, de controladores de la mente ajena, de tiranos disfrazados, de una fría deshumanización.

—Es posible. Pero el mundo funciona bien ahora, y eso es lo que

cuenta. No vamos a permitir que seres de otras épocas más salvajes y atrasadas vengan a alterar nuestro sistema. El hecho de que hayamos descubierto el modo de viajar en el Tiempo, sólo debe servir para ayudamos a conocer la Historia de la Humanidad, no para abrir las puertas a otros tiempos y otros seres, alterando las reglas establecidas. Por eso no se permite a nadie viajar en el Tiempo, sin mi autorización expresa. Y por eso el hecho de que Zyra Zarko utilizara uno de nuestros Crono-Transportadores para enviar la carta a su época, Barnes, constituye un delito tan grave como el suyo al quedarse con ese disco de metal.

—Imaginemos por un momento que yo tuviera el disco guardado, oculto en alguna parte, allá en mi época… ¿Qué haría usted para recuperarlo?

—Enviarle de nuevo allí y obligarle a entregarlo a mis emisarios especiales, autorizados a viajar en el Tiempo. Luego borraría de su memoria y de la de Sue Conway todo recuerdo de esta aventura. Jamás volverían a recordar la carta, ni todo lo que luego ha sucedido.

—Si yo tuviera ese objeto, ¿podría pactar con usted unas condiciones, Karwaz?

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —preguntó, cauteloso, clavando en mí una astuta y fría mirada.

—Digamos… mi libertad y la de Sue…

—Eso está concedido de antemano —me cortó.

—No he terminado. Digamos que nuestra libertad y retorno a nuestro tiempo…, más el perdón para Zyra Zarko y el permiso para que se ausente de esta época y vengan a la nuestra, pongamos por caso.

—No —cortó, glacial—. No hay acuerdo. Entregará usted ese disco, quiera o no.

—No he dicho que lo tuviese. Simplemente exponía una posibilidad.

—Rechazada. Usted tiene el disco. Lo sé. No hay condiciones. Sólo usted y su novia, a cambio del retorno del disco a nuestras, manos. Es el único pacto posible.

—¿Tanto odia a Zyra Zarko? —le pregunté.

—Eso no es asunto suyo —me cortó fríamente—. Ella debe pagar su delito, es todo.

—¿Ya la tiene cautiva?

—Por supuesto. ¿Quiere conocerla?

—Me gustaría, sí —admití.

—Va a conocerla. Luego tendrá el resto del día para decidir. Esta noche, a las doce, terminará ese plazo. Deberá elegir entre devolver el disco… o ver a su prometida inoculada de los injertos de células vivas de animales. Luego le tocará a usted el turno. Recuérdelo… y elija. Ahora… vea a su singular amiga Zyra…

No sé cómo lo hizo. Pero repentinamente, al pulsar una tecla de la computadora, todo se borró en torno mío. Una neblina gris y densa me envolvió unos segundos. Al disiparse, estaba en una cámara amplia, de paredes luminosas, muebles de materias plásticas y en presencia de una mujer hermosísima y sorprendente.

Supe que Karwaz debía de haber utilizado un teletransportador de moléculas, para enviarme a otro lugar automáticamente.

Y supe que ella era Zyra.

La miré. Me miró. Me sonrió tristemente.

—Hola, Barnes, amigo mío —susurró—. Lo siento. Siento que por mi culpa esté usted aquí. No era esto lo que quería.

Era increíble. Una mujer fascinante y extraña.

Alta, esbelta, largo cabello plateado, ojos muy verdes y rasgados, piel suave y pálida, labios carnosos, angulosas facciones, nariz recta y expresión entre enigmática y dulce.

Vestía una larga túnica azul y oro, hasta los pies. Las verdes pupilas me miraban fijamente.

Era asombroso hallarse allí, ante ella. Había pensado muchas veces en Zyra, me pregunté cómo sería la mujer del futuro que, sin conocerme, me había escrito a través de cuatro siglos de distancia. La idea de que cuando ella viviese realmente, es decir, ahora, yo y la gente de mi tiempo seríamos simplemente cenizas olvidadas, me hizo sentir un amargo sabor de boca. Era una idea alucinante.

Y, sin embargo, allí estábamos ambos ahora. Unidos en el Tiempo, por encima de la barrera de los siglos. Una mujer que tardaría cuatro siglos en nacer, y yo, que llevaría cuatro siglos muerto cuando ella naciese…

—Zyra Zarko… —murmuré—. Es usted…

—Sí, Barnes. Soy yo. ¿Qué le parece este encuentro?

—Increíble.

—Supongo que para un hombre de su época, tiene que serlo —sonrió con tristeza, moviendo la cabeza de plateados cabellos—. ¿Por qué se me ocurriría semejante locura? Nunca debí escribirle aquella carta. Nunca debí buscar en el pasado al hombre que pudiera ocupar el sitio del tiránico Karwaz…

—Ya no tiene remedio. Ocurrió así, y éstas son las consecuencias. Como ve, he podido llegar hasta usted, Zyra. Pero ¿de qué servirá ya eso, si Karwaz conoce sus proyectos?

—Ahora ya no sirve de nada. Esta es mi dorada celda. De aquí iré a cualquier granja biológica del Estado, a convertirme en un espantoso ser mutante. ¿Conoce el sistema?

—Sí —me estremecí—. El propio Karwaz me lo ha explicado.

—Ahora ya sabe lo que intentaba. Salvar a mi pueblo, a mi época. Al mundo futuro, tal vez. Este Sistema es mentira. Una dorada mentira. Toda la perfección, la belleza de las ciudades, es falsa. Es el bonito rostro de la más feroz tiranía y las más crueles represiones. Todos soñamos con una libertad imposible. Usted era mi gran esperanza, el hombre que podía ayudarme, ayudarnos a todos.

—Pero usted no pensó si a mí me gustaría ocupar el puesto del tirano… ¿Qué hubieran hecho con él? ¿Asesinarle?

—No —negó Zyra—. Enviarle a un lugar cualquiera en el Tiempo. Y dejarle allí, solo, abandonado a su suerte. El controla todos los transportadores de Tiempo. Si él no estuviese aquí, si se le condujera a un lugar remoto y se le inutilizara su controlador de viajes temporales, ya no podría regresar. Nunca más. Sería la paz, el triunfo para los que aman la libertad, Barnes.

—Entiendo. ¿Cuál era su idea? ¿Dejarme para siempre en el cargo de presidente?

—No. El tiempo justo para engañar a los hombres de confianza de Karwaz. Luego, una vez inutilizados y cautivos todos ellos, sin ocasión de reprimir el complot, usted hubiese podido regresar a su época. Pero ¿a qué hablar de todo eso ya? No conduce a nada. Hemos perdido la batalla, hay que reconocerlo.

—Supongo que sabe por qué estoy aquí… —dije, mirándola fijamente.

—He oído algo. Usted y su prometida… Dicen que usted se quedó con algo de uno de los enviados a su época. ¿Es cierto?

—Eso es lo que dicen —eludí astutamente—. ¿Sabe lo que ellos creen que yo poseo?

—No. Eso, nadie me lo dijo. ¿Qué es, exactamente?

—Un disco metálico que perdió uno de sus hombres.

—¡Un disco! —ella se irguió, palideciendo. Sus verdes ojos llamearon—. Cielos, si fuese cierto…

Miró en torno, inquieta, preocupada. Era obvio que se sabía vigilada a distancia por los ojos invisibles de la gente de Karwaz.

—Si fuese cierto…, ¿qué sucedería? —quise saber, cauteloso.

Ella trataba de indagar, de leer en mis pensamientos. Yo sabía que ella era una mujer de poderes especiales. Pero no logró nada. Mi zona bloqueada del cerebro no le dio respuesta alguna. Y ella lo notó.

—Sería demasiada fortuna —musitó—. Si eso hubiera sido cierto, Barnes, tendría usted en sus manos un controlador de transporte en el Tiempo. Con él, podría ir adonde quisiera y llevar consigo a quien le pareciese. Luego le bastaría destruir el disco, y ya jamás volvería aquí aquél a quien usted se llevara… ni podría nadie viajar a parte alguna. Sólo hay dos discos de ésos: uno lo tiene Karwaz. El otro, Orvan, su hombre de confianza.

—Orwan… —recordé al hombre altísimo de la máscara metálica —. Entiendo. Sí, es una lástima que no sea cierto que poseo ese disco. Pero aunque fuese así, ya ha comprobado Karwaz que no lo llevo conmigo. Por tanto, estaría en mi época…

—Y para ir allá, él necesitaría usar el suyo —los ojos de ella brillaron—. Sería el gran momento para deshacerse de esos malditos instrumentos. Pero estando él en otro lugar en el Tiempo, del que jamás regresara ya. En caso contrario, aquí seguirla gobernando tiránicamente y no habríamos adelantado nada.

No dije nada. Pero, interiormente, sentía una gran excitación que simulé a la perfección. No pensé en nada de ello, aunque ahora sabía que poseía un objeto de inmenso valor. Un medio no sólo de regresar a mi época, sino también de deshacerme, tal vez, del tirano Karwaz.

—Siento no poderle ayudar, Zyra —dije, contemplando a la mujer de la misiva—. Como ve, todo está perdido. Incluso para nosotros dos… Si no se devuelve ese disco que suponen que yo poseo, Sue y yo seremos también conducidos a, una de esas

horribles granjas biológicas del Estado…

Zyra me miró, movió la cabeza con lentitud, afirmando, y sus palabras estuvieron impregnadas de una enorme dosis de desaliento.

—Lo supongo, Barnes, lo supongo. Y todo por culpa mía. ¿Podrá perdonarme alguna vez, amigo mío?

—Está ya perdonada —sonreí, oprimiendo suavemente la mano de ella.

Y me estremecí al sentir el roce de su suave piel, porque era un contacto fantástico, con la piel de una mujer de la que me separaban cuatro siglos de distancia.

3

Estaba llegando el momento decisivo.

Miré mi reloj. Las doce menos diez minutos de la noche. El final del plazo concedido.

Sue estaba junto a mí. Podía sentir el roce de sus duros y fuertes pechos contra mi brazo. El rostro de mi prometida revelaba temor y nerviosismo.

—Nos han reunido para la decisión final —comenté—. Tengo que dar la respuesta a Karwaz.

—¿Va a ser afirmativa? —me preguntó ella, mirándome con angustia.

—Aún no he dicho siquiera que posea ese disco —le recordé gravemente.

—Pero… ¿lo posees? —quiso saber ella.

No respondí.

Un panel se abrió en el muro. Asomó la figura de Karwaz, seguido del enmascarado Orwan. Sue lanzó un grito de asombro, al ver la fantástica semejanza entre Karwaz y yo. Nos contempló a ambos, estupefacta.

Sonreía el presidente del Gobierno mundial al mirarnos.

—Le han preguntado una cosa, Barnes —dijo fríamente—. ¿No va a responder a su prometida?

—Está bien —respire hondo—. Tengo ese disco, Karwaz.

—Vaya, eso está mejor… —sonrió más ampliamente—. Ahora ya sabe usted cuál es el valor que posee. Zyra se lo dijo, ¿no es cierto?

—Veo que todo lo oye, todo lo espía… Sí, tengo el disco. Siempre lo tuve.

—Lo sabía. ¿Dónde está? Usted no lo lleva encima. Fueron revisadas sus ropas. Su calzado, su cabello. Todo. No tiene el disco. Tampoco lo tenía su prometida. ¿Lo dejó en su época, tal vez?

—Podría ser —admití secamente—. ¿Se arriesgará a usar el

segundo y último disco controlador de viajes en el Tiempo?

—No tengo otro remedio —se encogió de hombros—. Orvan vendrá conmigo. No podrá hacer usted nada. No sabe cómo funciona su mecanismo. Volveremos con los dos discos a nuestra época. Usted y su prometida se quedarán en su propia época, olvidado ya todo.

—Está bien —resoplé—. Adelante. Usted gana. Pero un último deseo y el disco será definitivamente suyo, maldito sea.

—¿Qué deseo? Ya le dije que no hay más concesiones.

—No es ninguna concesión. Quiero despedirme de Zyra. A fin de cuentas, ha sido una singular amistad la nuestra. Será una despedida para siempre. Y nunca mejor dicho, Karwaz.

—Está bien —aceptó de mala gana—. Sea. Sólo un momento.

Pulsó un resorte en su ancho cinturón blanco. Una neblina gris se formó ante nosotros en la cámara, Al disolverse, Zyra estaba allí. Sue la miró, algo recelosa por su rara belleza.

La joven del futuro me sonrió dulcemente, con cierta sorpresa. Había, sin embargo, tristeza en sus ojos.

—¿Se lo ha entregado? —preguntó—. ¿Ha cedido al fin, Barnes?

—No había otro remedio, Zyra —confesé—. Pero no lo tengo aquí. Hemos de volver a mi época en su busca. Ya no volveremos.

—Lo imagino. Adiós, Barnes. Adiós para siempre…

—Adiós —musité, fijando en ella mis pensamientos con fuerza. Yo sabía que era una mujer de poderes extrasensoriales. Tenía que captar mis pensamientos, mi mensaje mental—. Esta es la despedida final, Zyra.

Noté que captaba el mensaje. Tuve una respuesta. Rápida y precisa. Ni siquiera Karwaz o su ayudante podían captar sus pensamientos. Zyra era una mujer de rara fuerza psíquica. Después de todo, así había localizado a un hombre desconocido, a cuatro siglos de distancia.

Me volví. Abracé contra mí a Sue. La besé, apretándola con vigor. Miré a Karwaz.

—Estoy dispuesto —dije—. Volvamos a mi época…

—No necesita abrazarla tanto —sonrió—. Basta con tomarla de una mano y el simple contacto le hará viajar por el Tiempo cuando accione yo este disco…

De su uniforme extrajo un disco plateado, igual al que yo poseía.

No mostró su manipulación. Ni hacía falta. Zyra, mentalmente, ya me había trasmitido ese mensaje poco antes. Yo sabía ya cómo funcionaba el disco transportador en el Tiempo.

Justamente cuando lo accionó, embebido en esa tarea, no notó que yo esgrimía el pequeño objeto cortante que había llevado conmigo en todo momento en aquel viaje al futuro, y que nadie imaginó para lo que podía servir.

Rápidamente, introduje una de mis manos bajo la blusa rasgada de Sue y oprimí uno de sus potentes pechos. Ella me miró con asombro. Yo hice un corte rápido con la hoja de acero incisiva.

No notó dolor. Después de todo, yo sabía ya de antes que el volumen de los senos de Sue no era natural. Injertos de silicona habían aumentado su tamaño para ganar un título de belleza torácica. La piel insensibilizada del punto donde se injertaban los plásticos, no dolía.

Y de aquel corte, del lugar donde debieron haber estado los rellenos plásticos, bajo la epidermis de Sue, extraje un disco de metal plateado, que manipulé entre mis dedos, justo como Zyra me había dicho que tenía que hacer…

* * *

El inesperado escondrijo del disco había lograd© engañar a tocios, absolutamente a todos, desde que el cirujano amigo del Gran Magnus se introdujo conmigo en la vivienda de Sue aquella noche, procediendo a hipnotizarla y cambiando uno de los injertos plásticos por el disco misterioso.

Ahora, ese disco funcionó. Justamente cuando yo me precipitaba sobre Karwaz y le golpeaba, haciéndole perder su propio disco, que fue rodando hasta los pies de Zyra.

Yo rocé con mi brazo a Orwan y Karwaz. El disco que retenía en la otra mano, contra los desnudos pechos de Sue funcionó.

Fue como si nos rompiéramos en pedazos. Sentí que mi cuerpo se disolvía, que daba un salto fantástico a una negrura eterna y me hundía en ella.

Luego, Sue y ellos también, dejaron de tener forma sólida. Se disgregaron como yo mismo. Saltamos al gran vacío del Tiempo.

Allá, en su época, Zyra estaría recogiendo el disco de Karwaz y, tal vez, inutilizándolo para que nadie pudiera ya hacer uso de él. Ahora sólo quedaba mi disco.

Y yo, cuando noté que me materializaba de nuevo, y aparecía en mi propia vivienda, allá en mi época, junto con Sue y la pareja de tiranos del siglo XXIV, hice lo que tenía previsto hacer, lo que ella me había transmitido, la hermosa y enigmática Zyra, allá en su época. La forma de destruir momentáneamente el disco, haciéndolo inservible.

Mis dedos accionaron un resorte hasta hacerlo saltar. El disco emitió un zumbido, y empezó a crujir. Brotó humo del interior, con un chisporroteo sordo.

Mortalmente lívido, Karwaz gritó al advertirlo:

—¡No, no lo haga! ¡Me condenará a vivir en una época que no es la mía… y no sobreviviré en ella! ¡Orvan y yo, una vez destruidas las máquinas del Tiempo, no podremos sobrevivir más allá de unas pocas horas… porque AUN NO HEMOS NACIDO…!

Ahora se daba cuenta exacta de la suerte terrible a que les había condenado. Y supe, a mi vez, a fin de cuentas, que Zyra había triunfado, venciendo a la tiranía de su época.

Karwaz, el hombre idéntico a mí, jamás volvería ya a su mundo. El único procedimiento para regresar al futuro estaba roto, inutilizado en mis manos para siempre.

* * *

Sue, a mi lado, miró al cielo estrellado de la noche.

—No puedo dejar de pensar en Zyra, en su época… Dentro de cuatro siglos, todo será como hemos visto que era. Aquí mismo, quizá, se alce la hermosa ciudad que iba a ser nuestra tumba…

—Zyra sabe ahora lo que ha sucedido. Su mente llega lejos, Sue. Ya viste que Orvan y Karwaz huyeron desesperadamente… La policía les busca, pero no creo que los encuentren. Se disolverán como la nada. En lo que son. Tardarán siglos en nacer. Pero ya ni siquiera nacerán, puesto que se fueron de su Tiempo… Es complicado pensar en todo eso…

—Sí, vale más olvidarlo, imaginar que todo fue un extraño

sueño… —me miró, con dulce sonrisa—. Ya no llevo siliconas en los pechos, Duncan.

—Bueno, ya no tienen utilidad —reí—. Ganaste tu título… y nos sirvieron para salvarnos de una suerte horrible y salvar al mundo del futuro, también. Ahora me conformo con tus senos tal como son. Son lo bastante bellos y bien hechos como para no necesitar trucos…

—Tonto… —rió suavemente—. Eso vas a tener ocasiones sobradas de comprobarlo.

F I N